

MIHIQUE | | SUNA GUE | | CAMINOS DE AGUA

MARÍA BUENAVENTURA,
JULIANA STEINER Y
DIEGO BERMÚDEZ
Editores



PROYECTO DE INVESTIGACIÓN TECNOLOGÍAS Y ANCESTRALIDAD

Proyecto de investigación
tecnologías y ancestralidad

Mihique || Suna gue || Camino de agua Siembra

María Buenaventura, Juliana Steiner
y Diego Bermúdez

Editores



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES



Alcaldía de Bogotá

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Catalina Valencia Tobón
Secretario de Cultura, Recreación y
Deporte

Instituto Distrital de las Artes-Idartes

Carlos Mauricio Galeano Vargas
Director general

Maira Ximena Salamanca Rocha
Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández
Subdirectora de Equipamientos
Culturales

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz
Subdirectora Administrativa y Financiera

Línea estratégica de Arte, Ciencia y Tecnología

Carol Sabbadini Durán
Coordinadora

Nicolas Rojas
Líder programa Plataforma Bogotá

Alejandro Duque
Líder programa CK\WEB

Andrea del Pilar Forero
Apoyo administrativo

Publicaciones Idartes

María Barbarita Gómez Rincón
Coordinación editorial

Edgar Ordóñez Nates
Corrección de estilo

Mónica Loaiza Reina
Diseño

“Hilos dorados”. Fotografía aérea del
río Bogotá intervenida con serigrafía.
Elaboración: Diego Bermúdez.
Imagen de carátula

Multi-Impresos S. A. S.
Impresión

Proyecto de investigación en Arte,
Tecnología y Ancestralidad, Idartes,
Alcaldía de Bogotá
Ganador de la Beca de Investigación en
Arte, Tecnología y Ancestralidad, PDE
2022

© Instituto Distrital de las Artes-Idartes

© Alejandro Bernal, Ana Sabina
Rodríguez van der Hammen, Blanca
Nieves Ospina, Diego Bermúdez,
Diego Martínez Celis, Guido Caicedo,
Jesús Larrota, Juan Rodríguez, Juliana
Steiner, Leonel Vásquez, Liliana Novoa
Rodríguez, Lorena Rodríguez Gallo,
María Buenaventura, Milena Camacho

Octubre de 2023

Impreso en Colombia

978-628-7531-90-1

ISBN (impreso)

978-628-7531-91-8

ISBN (PDF)

Idartes

Carrera 8 n.º 15-46

Bogotá, D. C., Colombia

(57-1) 379 5750

[contactenos@idartes.gov.co/](mailto:contactenos@idartes.gov.co)

www.idartes.gov.co

Proyecto de investigación
tecnologías y ancestralidad

Mihique || Suna gue || Caminos de agua

María Buenaventura, Juliana Steiner
y Diego Bermúdez

Editores

Alejandro Bernal, Ana Sabina Rodríguez van der
Hammen, Blanca Nieves Ospina, Diego Bermúdez,
Diego Martínez Celis, Guido Caicedo, Jesús Larrota
Juan Rodríguez, Juliana Steiner, Leonel Vásquez,
Liliana Novoa Rodríguez, Lorena Rodríguez Gallo,
María Buenaventura, Milena Camacho

Autores

Juan Pablo Fajardo

Asesor gráfico

Contenido

Presentación	9
Carlos Mauricio Galeano Vargas	
Créditos y agradecimientos	11
¿Por qué recrear un sistema de zanjás y camellones?	19
Juliana Steiner	
La Reserva van der Hammen: La defensa de un espacio vivo	35
Ana Sabina Rodríguez van der Hammen	
La Sabana de Bogotá: De cuenca lacustre a planicie inundable. Un proceso visto desde el cerro de Suba	49
Lorena Rodríguez Gallo	
Grupos humanos, agua y territorio en el noroccidente de la Sabana: Una relación milenaria	61
Lorena Rodríguez Gallo	
¿Cómo levantar un camellón?	95
Diego Bermúdez	
Los autores	143

Presentación

Por Carlos Mauricio Galeano Vargas

Director general Instituto Distrital de las Artes-Idartes

Para actuar en consonancia con los profundos cambios que se han presentado en el campo de las artes, y debido a que, en gran medida, estos han sido motivados por la proliferación de las nuevas tecnologías que proponen inminentes retos para el campo artístico, en 2016 el Instituto Distrital de las Artes - Idartes, presentó la Línea estratégica de Arte, Ciencia y Tecnología para el Plan de Desarrollo 2016-2020 “Bogotá Mejor para Todos” de la Alcaldía Mayor de Bogotá. Esta línea está enfocada en expandir los límites creativos de las prácticas artísticas, así como en promover confluencias con la actividad científica y tecnológica y adelantar proyectos que exploren las posibilidades propiciadas por el *big data*, el internet de las cosas, la digitalización, la inmaterialidad, la inteligencia artificial y la conservación de las obras en la era digital; sin dejar de lado los proyectos hechos en red, la cocreación, el internet 2.0 y 3.0, los metamedios, los nuevos espacios de representación digital y la activa participación ciudadana en la tecnosfera, entre otros.

La presente publicación, titulada *mihique II suna gue II caminos de agua*, es el quinto ejemplar de una colección de textos especializados que se publican anualmente y que están enmarcados en el eje de investigación sobre *ancestralidad y tecnología* de la Línea de Arte, Ciencia y Tecnología, que busca plantear cruces y tensiones a través de las diferentes formas de ver y comprender el mundo, que amplían el concepto de tecnología a partir de perspectivas como la arqueología de medios,

la revisión de tecnologías complejas y la generación de lazos con el pensamiento de las culturas y los saberes ancestrales; por medio de investigaciones con una perspectiva transdisciplinar y, a partir de 2022, que contemplan un componente transmedial.

Este libro recoge la investigación del Colectivo Zanjas y Camellones, coordinado por María Buenaventura. Un relato del proceso de reconstrucción en el siglo XXI, de un sistema agrícola prehispánico de la Sabana de Bogotá: la tecnología de zanjas y camellones, que se desarrolló durante más de 2000 años y que permitía sembrar plantas en zonas anegadas, a la vez que propiciaba el cultivo de peces y fauna de agua. A partir de esta reconstrucción en un pequeño espacio de la Reserva Thomas van der Hammen, artistas, historiadores, arqueólogos, arquitectos, sabedores, estudiantes, activistas, biólogos y ciudadanos se preguntan por nuestra relación con el agua en Bogotá, por la historia de la guerra que alguna vez emprendió la urbe contra ella, por el presente de esta sabana inundable y por una visión de futuro en paz con el agua.

Créditos y agradecimientos

Zanjas y camellones hace parte del programa curatorial Ecotono, que forma parte de Common Ground, un festival internacional centrado en las políticas alimentarias y de tierra iniciado por el Fisher Center Bard. Este proyecto es apoyado por el Centro para los Derechos Humanos y las Artes (OSUN) del Bard College.

Este proyecto se desarrolló en el predio Las Mercedes, localidad de Suba, Reserva Forestal Thomas van der Hammen, en colaboración con el equipo de Recuperación Ecológica, Subdirección Técnica Operativa, del Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis.

El colectivo Zanjas y Camellones quisiera expresar su más sincera gratitud a las personas y organizaciones que han hecho posible este proyecto.

Personas

Martha Liliana Perdomo, Patrick Morales, Lina Díaz, Alba Luz González Pinto, Diana Carolina Bohórquez, Diana Marentes, Lucas Ospina, Jorge Molina, Carolina Cerón, Alex Herrera, Camila González, Edgar Lara, Janeth Castiblanco, Luis Hernando Castiblanco, Tatiana Rais, Juan Pablo Pacheco, Elena Villamil, Zoitsa Noriega, Carol Sabbadini, Tania El Khoury, Gideon Lester, Polina Malikin, Michelle Song, Thomas Keenan, Ziad Abu-Rish, Silvana Kovalski, Diana Marcela Abaunza, Gina Piza Moreno, Juan Pablo Fajardo, Loris Vendrami, Valeria Galán, Diego García, Mariana Murcia, Alejandra Hernández Novoa, María Margarita Jiménez, Álvaro Ibáñez, Sergio Gaviria, María

Carolina Ardila, Rafael Duarte Uriza, Gina Piza Marina, Julio Martínez y Gabriela Molano.

Instituciones y organizaciones

Fisher Center Bard; Centro para los Derechos Humanos y las Artes (OSUN), en Bard College; Reserva Van der Hammen; Veeduría Van der Hammen; Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis; Instituto de Patrimonio Cultural; Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Universidad de los Andes; Espacio Odeón; Red Conejera; Piedra, Tijeras, Papel; Bermúdez Arquitectos; The Landscape Architecture Foundation; Hacienda Las Mercedes; Línea de Arte, Ciencia y Tecnología, Instituto Distrital de las Artes-Idartes.

El sistema de cultivo mihique-suna gue, caminos de agua, o zanjas y camellones, es una tecnología de paisaje que consiste en plataformas cultivables elevadas y canales para el manejo del agua, desarrollada por los pueblos prehispánicos en muchas regiones de América, y que se implementó durante miles de años en la Sabana de Bogotá.

Este libro es el relato de la re-creación colectiva de un fragmento de este sistema, en la hacienda Las Mercedes, en la Reserva Thomas van der Hammen, al norte de Bogotá, de las acciones, investigaciones y reflexiones que hicieron posible este espacio, y que han surgido de él mismo.

Siembra



Las Mercedes, Reserva Thomas van der Hammen, Bogotá.
Fotografía: Sergio Durán, 6 de agosto de 2022.



¿Por qué recrear un sistema de zanjas y camellones?

Juliana Steiner

¿A qué sabría un plato hecho de vegetales, hierbas y animales que no solo ya no comemos, sino que hemos olvidado casi completamente? ¿Cómo podemos cocinar algo que viene de un paisaje que ya no existe? Desde el 2022, junto con el colectivo Zanjas y Camellones, hemos buscado revivir un paisaje perdido. Mediante la investigación y la práctica buscamos entender qué puede llegar a implicar este proceso de reimaginación y redescubrimiento. Por medio de una búsqueda de sabores y sazones perdidos, hemos intentado revivir esa tecnología alimentaria. Este libro contiene las memorias que rescatamos y las técnicas que utilizamos para reconstruir en la Sabana de Bogotá* un sistema de zanjas y camellones.

El sistema de zanjas y camellones es una tecnología agrícola prehispánica creada por los habitantes originarios de la Sabana de Bogotá miles de años antes de la ocupación española. En una gran extensión de la Sabana,

* En este libro, *Sabana de Bogotá* se escribe siempre con sus iniciales en mayúscula, porque es un nombre propio; *sabana* no es el término geográfico que define su morfología, pues se trata más bien de un valle, y su medio ecológico no es de *sabana*, sino de bosque andino. El nombre *sabana* fue dado por los españoles a partir de la percepción que tuvieron de esta planicie. (N. de los eds.).

y por más de veinte siglos, aquí cultivaron diferentes alimentos mediante una sofisticada modificación de la tierra: terrazas para siembra junto con zonas anegadas donde, además, vivían los peces y la fauna de agua. En los camellones se cultivaban varios alimentos: papa, quinua, frijol y maíz, y en las zanjas había una rica vida acuífera, pues allí habitaban pequeños peces de agua dulce y roedores andinos. Todos estos organismos enriquecían la dieta de la comunidad muisca que se asentó en una zona extensa de lo que alguna vez fue un gran lago. Los españoles que llegaron a las Américas no fueron capaces de entender cómo una civilización podía estar en el agua. Finalmente, la nueva vida y la Colonia acabaron borrando el paisaje y las relaciones que antes habían sustentado a los muisca y a otras comunidades. Pasamos de ser una civilización sumergida en agua a una dirigida por un poder y unas reglas externas.

El 2 de julio del 2022, María Buenaventura, Diego Bermúdez, Lorena Rodríguez Gallo, Sabina Rodríguez, la abuela muisca Blanca Nieves, Liliana Novoa, Guido Caicedo, Jesús Larrota, Juan Rodríguez, Alejandro Bernal, Leonel Vásquez, Diego Martínez Celis y Milena Camacho y yo nos embarcamos en un ambicioso proyecto. Nuestro propósito, recrear en Bogotá un sistema de zanjas y camellones. El lugar elegido fue la Reserva Van der Hammen, un área de protección ambiental en el norte de Bogotá, de cuyo establecimiento habla Sabina Rodríguez en este libro.

Esta narración comprende tres libros: el impreso, el audiovisual (videos y audios albergados en la web) y el “vivo” (los mismos camellones de Las Mercedes, que consideramos un libro de tierra y agua). Así, el libro invita a los lectores a entender esta infraestructura prehispánica a partir de una serie de diálogos con la tierra, los ríos y sus habitantes.

Nuestro propósito, al recrear en una pequeña escala la tecnología de las zanjas y los camellones, no fue nostálgico ni prescriptivo: nos movió el interés de entender algo que físicamente no lográbamos ver en los documentos.

Buscamos recrear un pequeño fragmento de ese sofisticado sistema para poder verlo. Habiéndolo visto, nos dimos el lujo de estudiarlo, para entenderlo. Este pequeño fragmento de camellones nos permite imaginar cómo este tipo de sistemas de miles de hectáreas y largas extensiones

reacciona a la lluvia y a los flujos del agua, nos permite observar la relación simbiótica que este tipo de ecosistemas fomentan, nos posibilita ver algo que alguna vez vieron nuestros antepasados. Y esperamos que permita a muchos investigadores, estudiantes y a la ciudadanía, construir conocimiento y relaciones. Así, al intentar integrar y re-establecer las relaciones entre elementos naturales, humanos y más que humanos —la vida, compleja y robusta—, empieza a revelarse, y la revelación es catalizadora de la transformación, no solo de un paisaje y de un lugar, sino también del pensamiento.

Los camellones y sus zanjas, hoy, a no ser por proyectos experimentales como el que llevamos a cabo, no solo no existen, sino que sus vestigios son imposibles de ver. Los antiguos camellones están sepultados y escondidos en el pasto alto llamado *kikuyo*. Tampoco los podemos ver porque hemos construido encima de ellos. Y finalmente, tampoco los podemos ver porque se necesita una visión aérea para poder hacerlo, como primero los observó Sylvia Brodvent con las areofotografías del Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) de los años sesenta. Así, este sistema ancestral de camellones ha sido invisible al ojo y ha permanecido adormecido en la memoria de los bogotanos que recorren la Sabana de Bogotá regularmente. Este libro busca acercarnos a este sistema alimentario olvidado y abrir la posibilidad de imaginar, no solo qué hubo aquí antes, sino también cómo se vivió aquí antes, y por qué.

Llevar a cabo un proyecto de investigación y de recreación de una tecnología agrícola ancestral que busca abrir posibles relaciones entre el agua, la tierra y el alimento en la Sabana de Bogotá es uno de los proyectos de más gran envergadura que yo, como curadora, alguna vez haya hecho. Crear un proyecto que busca conectar y restaurar conexiones y relaciones perdidas entre ecosistemas (ríos, humedales, quebradas y canales) y las vidas que allí habitan resultó ser una misión que requirió de muchas, muchísimas voces, voces que nutren e informan nuestro conocimiento y nuestro pensamiento. Crear este proyecto y hacer este libro implicó hacerse preguntas y escuchar detenidamente, pues restaurar vínculos es más difícil que abolirlos. Cuando vimos brotar el primer chorro, cuando se limpió el kikuyo donde se harían luego las

zanjas, entendimos que aquí hay y hubo agua. Entendimos la historia del pasado en el presente, evidenciamos una prueba física que ningún libro podría alguna vez brindar.

El inicio

En septiembre del 2021 fui invitada como curadora por Colombia en el Festival Internacional de Políticas Alimentarias y la Tierra llamado Common Ground, un programa apoyado por el Centro para los Derechos Humanos y las Artes (CHRA, por su sigla en inglés) de la Open Society University Network (OSUN), en Bard College. Yo tenía una idea del tipo de interacciones sociales y ecológicas que quería que los proyectos y programas comisionados tuvieran, y por eso pensé inmediatamente en la artista y cocinera María Buenaventura. Por medio de la cocina y la creación de recetas, y desde hace más de una década, María expone la estrecha relación entre la conservación cultural y la ecología, enfocándose específicamente en el paisaje del altiplano andino, lugar donde la artista creció. Siempre trabajando con comunidades campesinas, personas cercanas al río Bogotá y comunidades que se han visto afectadas por el daño ambiental y las vidas despojadas de estos lugares, ella intenta restaurar vínculos que se han ido perdiendo entre territorios y personas. María y yo nos conocimos cuando cocuré junto a Anna Burckhardt la exhibición “Mutualismos”, en julio del 2021. Como intervención para la exhibición, María hizo una sesión de “Comida Ritual”, nombre que la artista les da a los encuentros en los que cocina diferentes comidas bogotanas, siempre, en alguna cuenca cercana al río Bogotá. Con estos encuentros, la artista busca acercarnos a una historia y un pasado que muchos desconocemos. Para la ocasión de “Mutualismos”, María nos invitó a Suesca, lugar donde el río Bogotá aún no está completamente ahogado en polución. Allí, ella nos cocinó una receta de “caldo de la laguna” que tenía calabaza, guatila, papa, hojas de cubio, quinua, tomate y ají dulce, ingredientes que se cultivaban en los camellones. Comimos tamales de frijol con salsa de tomate fresco, cilantro y cuyes

marinados en masato de maíz. Comimos un bocado de pez Capitán, el eje central de la obra de la artista.

El pez Capitán es endémico del río Bogotá. Es un pez de bigotes largos y piel viscosa de color negro y oliva. Cuando lo conocí, Alexander von Humboldt lo llamó *Eremophilus mutisii*. Este pez, que navega solitario en aguas poco profundas, le recordó a Humboldt a un capitán ermitaño (*eremophilus* significa soledad). Claro está, el pez Capitán precedió a Humboldt por siglos: hacía parte de la dieta de los muiscas mucho antes de que el explorador prusiano llegara a las Américas. Los muiscas, al ser un pueblo pescador, vivían con y comían de este pez, pues compartían sus zanjas y todo un ecosistema vivo y nutrido por él. Así, cuando invité a María Buenaventura a participar en el Festival Common Ground, ella, sin pensarlo dos veces, me respondió: “Quisiera profundizar la investigación del pez Capitán en Fúquene, donde todavía está viva la costumbre de la pesca. Y si surge y hay la memoria, se puede pensar en recrear los camellones y las zanjas con la gente que ahí vive”. Los sabores (el capitán, el cuy, el pato) que María había cocinado y nos había dado a probar, irían revelando un paisaje que finalmente recrearíamos.

Sentadas tomando café en una panadería de Bosque Izquierdo, un barrio en el centro de Bogotá cercano al río San Francisco, en octubre del año 2021, hablando de los camellones, nunca nos imaginamos que íbamos a lograr reunir a tantas personas que, desde sus diferentes disciplinas, sentían cariño y también dolor por la Sabana de Bogotá, un sentimiento que, gracias a María, yo también había empezado a desarrollar. Y repito, la única razón por la que siento que fue y ha sido posible todo esto es por las múltiples voces y visiones que se han ido uniendo a este proyecto, tejiendo ideas, conocimientos y perspectivas.

El texto que María escribe en este libro, titulado “¿Habéis adorado en las lagunas?”, busca restablecer nuestro vínculo perdido con las aguas de Bogotá, reclamando los sabores, olores y comidas de esta laguna olvidada. Y lo hace por medio de la interpretación de un texto de la abuela Blanca Nieves. En forma de diálogo con Milena Camacho, artista e historiadora del arte, Milena escribe en imágenes, mientras María escribe

con palabras. Las palabras de María, que incluyen también recetas creadas por ella, se escriben desde lo palpable y lo degustativo, demostrándonos que los sentidos son la manera más útil para recordar un pasado silenciado.

Un amigo me habló de Diego Bermúdez, arquitecto paisajista que, gracias a una beca de la Landscape Architecture Foundation, investiga el paisaje de la Sabana de Bogotá. Lo contactamos. Él nos dijo que recrear un sistema de zanjas y camellones funcional en la actualidad era algo con lo que él también soñaba. Sin embargo, él estaba menos convencido de que el proyecto pudiera concretarse. Él, claramente, no conocía la tenacidad de María ni la mía. En el capítulo escrito y dibujado por Diego, el arquitecto nos invita a pensar cómo nuestra relación con la Sabana de Bogotá ha sido guiada por la tierra y no por el agua, y así, esta relación, desde un principio ha estado errada y fragmentada. También encontramos una descripción de los pasos, las herramientas y movimientos necesarios para ver resurgir un paisaje escondido.

Como era de esperarse, la primera complicación para llevar a cabo este proyecto no tardó en llegar. Conseguir un terreno en donde realizar nuestro proyecto fue mucho más difícil de lo que pensábamos. Entender que en el año 2022 la mayoría de la Sabana de Bogotá está privatizada, y que el agua y las inundaciones, el motor de la tecnología de las zanjas y sus camellones, son el más grande miedo de las personas que hoy en día viven y cultivan en ella, fue nuestra primera lección.

Desde el inicio, María había sugerido llevar a cabo la construcción de las zanjas y los camellones en Fúquene, laguna en Cundinamarca que aún guarda agua y vida, dos cosas muy importantes para la artista que trabaja siempre con comunidades. Estar cerca al agua y aprovecharla era uno de los ejes indispensables para la recreación de esta tecnología, como lo había demostrado la literatura consultada, que incluye a Ana María Boada y Lorena Rodríguez Gallo, y tenía como imágenes principales las aerofotografías en las que Sylvia Broadbent había identificado los vestigios de camellones, en la década de los sesenta. Además, en

Fúquene estaba aún viva la cultura de la pesca. Habíamos estado meses antes pescando el capitán con pescadores de la zona. Janeth Castiblanco, amiga y tejedora oriunda de Fúquene, sugirió montar este sistema en su lote que colinda con la laguna. Así, con un lote listo para emprender el proyecto, tuvimos una primera conversación telefónica con la Corporación Autónoma Regional (CAR) de Cundinamarca. Y con el mismo ímpetu con el que surgió esa primera idea de lugar, fracasó, pues según nos explicaron, la ley dice que no se puede cultivar nada a 30 metros de un cuerpo de agua, para prevenir la erosión de la tierra. Esto, en un principio, tiene sentido y es necesario, pero a la larga habla de cómo nuestra forma de pensar separa el agua de la tierra. Y los camellones, en vez de erosionar, si tenían buenas raíces en sus costados, y practicaba una siembra agroecológica, podrían, además de dar una visión cultural, ofrecer incluso una alternativa a la ganadería que, a pesar de los esfuerzos institucionales, aún ocupa la orilla de la laguna, causando, ella sí, grandes dificultades al agua.

Después de esta salida en falso, empezamos a investigar la posibilidad de irnos hacia algún humedal, pues los humedales son sinónimo de zanjas y camellones. Visitamos el humedal de Jaboque el 19 de febrero, y de la mano del biólogo Julio Martínez pudimos ver dos vestigios hermosos de camellones muiscas. La idea que surgió entonces fue sembrarlos con la comunidad. Pero nos encontramos con unas leyes inflexibles respecto al tipo de usos y vida que se le puede dar a un humedal y a un camellón antiguo. Si bien la conservación de los humedales y su protección actual ha sido un gran logro de Bogotá, tal vez sea bueno ir abriendo la posibilidad de un diálogo entre conservación ecológica y agroecología, es decir, entre naturaleza y cultura. La visión que se tiene de los humedales dificulta la conversación con ellos, entablar un diálogo para crear conexiones cada vez más estrechas con esos cuerpos de agua que aún tantos bogotanos miran con desprecio. Tal vez sea necesario abrir cada vez más la posibilidad de agencia de la ciudadanía sobre esos entornos, para que el agua sea una experiencia de vida, y no se siga usando como basureros, escombreras y depósitos de aguas negras, a pesar de las reglamentaciones y los esfuerzos de las entidades.

Camellones en el humedal Jaboque, Bogotá.
Fotografía: María Buenaventura, 9 de febrero de 2022.





Día de pesca en la laguna de Fúquene
con mochilo (antigua malla de pesca).
Fotografía: Juliana Steiner,
11 de octubre de 2021.



Por casualidad conocimos entonces el predio Las Mercedes, por un mensaje de una visita comentada al bosque que está restaurando el Jardín Botánico. El domingo primero de marzo llegamos a la Reserva Van der Hammen, en compañía de Sabina Rodríguez, abogada ambientalista, que hace parte de la veeduría ciudadana para la defensa de la Reserva. Ese día, en ese lugar, por primera vez empezamos a ver la primera posibilidad real de encontrarle hogar a nuestra idea de reconstruir las zanjas y camellones.

El texto de Sabina explica el arduo proceso de la historia de la Reserva y su defensa, y cómo este proyecto en particular, de zanjas y camellones, se ha convertido en un vehículo más para restaurar vínculos entre cerros y agua. Establecida en 2011, la Reserva Thomas van der Hammen tiene la misión de conservar la conectividad de los cerros orientales con el río Bogotá. Defenderla es una labor titánica, si se considera el asedio urbano de Bogotá a sus entornos, sentimiento que es claro al llegar allá y, en medio de un bosque, encontrarse rodeado de viviendas y edificios.

En el predio Las Mercedes, ubicado en la Reserva, y como protección al último relicto de bosque silvestre de Sabana, el Jardín Botánico de Bogotá (JBB) comenzó, hace casi una década, un proceso de restauración ecológica con plantas nativas. Sin embargo, y debido a su cercanía al humedal de La Conejera, hay una zona de mayor nivel freático que está constantemente llena de agua, y por esta razón, las plantas que allí se siembran se mueren. De esta manera, esta zona en particular no es utilizable para este programa de restauración del JBB. En cambio, resultaba tener las condiciones topográficas, geológicas e históricas ideales para recrear el sistema de zanjas y camellones.

Como ya mencioné, esto resolvía el problema de encontrar un lugar para la construcción, pero daba origen a otro problema: no se nos permitía la siembra de alimentos, pues en la restauración ecológica no puede haber programas productivos. Resulta extraño pensar que un proyecto de agroecología como este no encuentre cabida en un programa de restauración ecológica, y que la soberanía alimentaria no sea una cara de esa misma moneda. Sin embargo, y gracias a la gestión y moderación de Patrick Morales y Lina Díaz, del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC), buscando establecer un importante punto para nosotros como

colectivo, según el cual la conservación y la alimentación no son separables, logramos llegar a una negociación, y nos permitieron sembrar algunas pocas (muy pocas) plantas comestibles. Ampliar esta conversación, esperamos que sea uno de los logros que este proyecto y este libro, así como la ciudadanía interesada en los espacios comunes y el diálogo entre cultura y naturaleza, alcancen. De esta manera, el texto de Diego Martínez Celis se convierte en un homenaje al patrimonio cultural y natural, sin divisiones ni jerarquías de qué es o cómo se produce el conocimiento. Su exposición señala de manera expansiva cómo el conocimiento debería ser concebido, ideas que el IDPC como institución también comparte.

Humedal
Jaboque, Bogotá.
Fotografía:
María
Buenaventura,
19 de febrero de
2022.



Así, el 9 de abril volvimos a ese lugar, ya con un permiso de la institución para empezar nuestro proyecto. Sin embargo, debíamos pedir otro tipo de permiso, uno más importante, al lugar sagrado donde íbamos a empezar a mover la tierra. Así, también se convocó a la abuela muisca Blanca Nieves y a Liliana Novoa, sabedora, ambas habitantes de la localidad de Suba. Teníamos la cita para un sábado, y un viernes en la tarde, María, después de buscarla por varios medios, llamó y logró hablar con Lorena Rodríguez, arqueóloga que conocíamos muy bien de nombre, pues sus investigaciones hacían parte de nuestra historia de lecturas. Ella, para nuestra sorpresa y nuestra ilusión, aceptó la invitación. Luego nos contó que a ella también la ilusionó, pues ver un sistema de camellones y zanjas en terreno también era algo con lo que llevaba soñando por décadas.

En los tres capítulos que Lorena escribió para este libro nos brinda la visión de los camellones: el primero, un ejercicio de imaginar cómo se veía este paisaje hace 45000 años; el siguiente, un recuento del olvido histórico de las aguas de la Sabana y el curso que estas redes y cuerpos de agua han tenido en los 12400 años que llevamos interviniendo esta Sabana, hasta el presente, y finalmente, la interpretación del territorio por medio de la fotografía aérea, que nos posibilita entender las profundas transformaciones que han ocurrido en este lugar.

En el capítulo que la abuela escribe, nos cuenta su historia, que empezó cuando nació, en Aguas Calientes, y las memorias aún vivas de la vida que habitaba en las zanjas de este lugar, territorio sagrado donde su familia se asentó desde 1850, y la transformación que ella ha visto desde el abuso que nosotros, como sociedad, hemos cometido con la naturaleza.

En el capítulo escrito por Liliana Novoa, la profesora explica la importancia de cuidar el agua y cómo, mediante diferentes iniciativas locales, esto se ha logrado. Desde su rol como defensora de los humedales y las cuencas de agua de Suba, extiende una invitación para que las zanjas y los camellones se vuelvan una vertiente más para visibilizar la lucha por la protección del agua.

Ese 9 de abril, en un íntimo círculo de la palabra, la abuela muisca Blanca Nieves hizo un ritual en el que se pidió permiso para entrar a este territorio sagrado. María, Lorena, Diego, Liliana y yo la acompañábamos.

El agua fue nuestra guía; el terreno, nuestro mapa.

Luego hicimos un recorrido por el terreno para intentar imaginar cómo debió verse el paisaje que alguna vez existió aquí. El agua fue nuestra guía; el terreno, nuestro mapa. Hicimos apiques, y maravillados vimos cómo brotaba el agua —y nuestra imaginación, también—.

Así, poco a poco, el personal que conformaría el colectivo Zanjas y Camellones se fue consolidando, y el lugar donde se llevaría a cabo este proyecto, también.

Y así, después de haber pedido ese primer permiso el 9 de abril, el 2 de julio oficialmente empezamos a destapar la tierra. Ese día vimos surgir un recuerdo olvidado. Convocamos a personas de la zona, y otros tantos llegaron de otros lugares de Bogotá. Más de veinte personas nos juntamos. Movimos tierra, empujamos lodo y vimos brotar agua. Y vimos surgir un camellón adormecido entre capas de tierra y kikuyo. Ese día también fuimos presentados a Guido Caicedo, Jesús Larrota y Juan Rodríguez, operarios del JBB, y que serían, a partir de ese día, los encargados de escribir y dibujar los camellones en la tierra a punta de pala, azadón, fuerza y un diálogo intenso con el terreno, y así se convertirían también en coescritores de este libro.

Desde ese día visitamos semanalmente este lugar, que vemos transformarse con cada visita: los flujos de agua han cambiado, los animales que lo visitan, también. Como dice Diego, los camellones se dibujan en el terreno y dependen de un ejercicio de escucha radical de la naturaleza. También hemos invitado a biólogos, hidrólogos, antropólogos, artistas, amigos, tanto antiguos como recientes. Y con cada visitante aprendemos algo nuevo. Con algunos sembramos, y con otros conversamos. A veces trabajamos moviendo tierra, pero siempre comemos. También hemos

tenido pausas para intentar entender no solo el lugar, sino nuestras voces y las voces que ya no están allí, así como el porqué de este proyecto.

Leonel Vásquez, artista sonoro que visitó el lugar el 12 de septiembre, también contribuye a este libro por medio de unos ejercicios sonoros que hacen un llamado al agua con sonidos de la laguna de Fúquene, lugar que aún guarda vida similar a la que alguna vez existió en donde hoy estamos recreando las zanjas y camellones. Leonel, desde las vibraciones del sonido busca restaurar esta memoria. Y el documentalista Alejandro Bernal crea un video que cuenta la historia de estos camellones enfocándose en sus aguas, sus tierras, sus memorias y la gente que las habita.

Este libro busca aglutinar las voces de todas esas personas que han hecho parte de este caminar. Es un camino no definido, que ha ido trazándose en el territorio, guiado por el agua que va apareciendo con cada movimiento de tierra que se va haciendo. Así, este compendio reúne las voces de quienes colectivamente, a partir de nuestros saberes específicos, creamos este proyecto y buscamos complejizar las preguntas sobre por qué hacerlo. Estas son las voces del colectivo Zanjas y Camellones. Pero en cada una de esas voces están las otras muchas voces que han nutrido nuestro pensamiento y la conversación, y a todas las honramos y les damos las gracias.

Ya ha pasado mucho más de un año desde que empezamos a pensar en este proyecto colectivamente, y nueve meses desde la primera palada de tierra que se sacó en la Reserva Thomas van der Hammen y vimos brotar agua en ese lugar. Seguimos excavando, y con cada movimiento de tierra seguimos pensando en la pregunta más importante: ¿por qué hacer unos camellones en el año 2022? ¿Por qué recrear un sistema alimentario que no podrá ser una solución para la seguridad alimentaria de la Sabana de Bogotá?

Aquí, querido lector, no encontrará una respuesta sobre cómo solucionar este problema, ni el de las aguas, ni el de la soberanía alimentaria. De golpe, incluso, lo que surgen son más preguntas. Y eso es parte de nuestro propósito: fomentar una historia interdisciplinaria y

transmedial desde diferentes voces, tiempos, prácticas y visiones que complejicen el paisaje actual de la Sabana de Bogotá. Este es un libro que no tiene un orden específico, sino que, en su intención de destapar un paisaje sepultado por dos mil años, busca arrojar elementos que nos posibiliten imaginarnos un paisaje diferente y una manera distinta de habitar la Sabana de Bogotá.

Las zanjás y los camellones son un espacio liminal entre el pasado y el futuro, entre lo que vemos y lo que no. Crear este proyecto enfocado en la restauración cultural ayuda a restaurar no solo suelos y ríos, sino también el pensamiento. Ayuda a conectar vínculos que estaban quebrados y a sostener un ecosistema y un paisaje perdidos, al tiempo que se resalta la vida que alguna vez hubo allí. Así pues, este proyecto es nuestro regalo para Bogotá y sus habitantes, y un llamado para que el pez Capitán vuelva a este lugar —de pronto algún día lo veamos nadar en las zanjás de la Sabana—. Y de pronto, incluso, lo comamos. Y como dice María, podamos convertirnos todos en la Sabana de Bogotá.

Círculo de
palabra, Las
Mercedes,
Reserva
Thomas van
der Hammen,
Bogotá.

Fotografía:
Juliana Steiner, 9
de abril de 2022.



La Reserva Van der Hammen: La defensa de un espacio vivo¹

Ana Sabina Rodríguez van der Hammen²

La Reserva Forestal Regional Productora del Norte de Bogotá D. C. Thomas van der Hammen es un área protegida de 1395 hectáreas, ubicada en el norte de la ciudad. La vocación de este borde de la ciudad ha estado en disputa por más de veinte años, en los que se han visto enfrentadas distintas visiones sobre el ordenamiento territorial. Su historia tiene una particularidad, pues difícilmente se encuentra otra reserva forestal en el país con tantas instituciones, instancias jurídicas, actores políticos, Academia y ciudadanía involucrados en su discusión. Si bien la principal controversia se ha concentrado en definir si este borde de la ciudad debería destinarse a la urbanización o a la protección y restauración de los ecosistemas allí presentes, su proceso de defensa ha tejido

1 Este capítulo recoge la historia de la defensa de la Reserva Van der Hammen como parte de la experiencia de la Veeduría Ciudadana para la Protección de la misma. Se mencionarán algunas referencias, pero hacen parte del conocimiento construido por el colectivo en seis años de participación en diversos espacios.

2 Integrante de la Veeduría Ciudadana para la Protección de la Reserva Forestal Regional Productora del Norte de Bogotá D. C. Thomas van der Hammen.

una red de actores y visiones sobre el territorio que invita a pensar y vivir la ciudad y sus espacios ecológicos de otra forma.

El proyecto Camellones justamente se inscribe en la defensa de este espacio vital para la ciudad, refleja su gran potencia y nos muestra que la Reserva Van der Hammen es un espacio vivo de memoria que nos permite comprender históricamente el territorio para vislumbrar sus posibilidades actuales. En este contexto, este texto invita a conocer el proceso de defensa de la Reserva Van der Hammen y su potencial como aula y laboratorio ambiental vivos para la ciudad y sus habitantes.

La historia de la Reserva: Un asunto de ciencia, experticia y choque de visiones de ciudad

La historia de creación de la Reserva Van der Hammen tiene su origen a finales de los años noventa, con las discusiones sobre el ordenamiento territorial de Bogotá. En 1999, cuando la Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR) y el Distrito estaban en el proceso de concertación ambiental³ del Plan de Ordenamiento Territorial (POT) de Bogotá, surgió una gran diferencia entre la visión sobre la destinación de las 5000 hectáreas que componen el borde norte. Por un lado, la Alcaldía proponía proyectar la expansión de la ciudad sobre esas 5000 hectáreas, mientras que la CAR proponía mantener dicha zona como suelo rural y de protección ambiental. El Distrito sustentaba su postura en sus proyecciones de crecimiento poblacional, alegando un gran aumento de la población que hacía inminente la necesidad de habilitar la urbanización en toda esta área. Por su

3 La concertación ambiental del Plan de Ordenamiento Territorial es un requisito que establece la Ley 388 de 1997 para que todos los planes de ordenamiento territorial, en lo relacionado con los temas ambientales, pasen por una discusión entre el municipio o distrito con la autoridad ambiental y tengan que llegar a un acuerdo o concertación sobre cómo debe organizarse el territorio para garantizar la protección y equilibrio ambiental.

parte, la CAR sustentaba su postura en los estudios del profesor Thomas van der Hammen y la importancia de proteger y recuperar los valores ecológicos entre los cerros orientales y el río Bogotá, como parte fundamental de lo que había denominado *la estructura ecológica principal*. Al no lograrse un acuerdo entre estas dos entidades, la decisión quedó en manos del Ministerio de Ambiente, que convocó un panel interdisciplinario de expertos para tomar una decisión. El panel, compuesto por reconocidos conocedores de temas ambientales, arquitectura, urbanismo y economía, entre otros temas, deliberó por seis meses, y finalmente recomendó una decisión equilibrada que respondía a las distintas necesidades de la ciudad. Por un lado, dejó un área de expansión para la urbanización que pudiera suplir las demandas de vivienda, que es lo que hoy conocemos como *Ciudad Lagos de Tórca*; por otro lado, dejó un área rural y una parte como reserva forestal, que es lo que hoy conocemos como *UPR Norte* y la respectiva Reserva Thomas van der Hammen. Esta decisión quedó plasmada en las resoluciones 475 y 628 del año 2000, del Ministerio de Ambiente. Sin embargo, la Alcaldía no estuvo de acuerdo y demandó dichas resoluciones, iniciando un largo camino de disputas jurídicas. En el año 2005, el Consejo de Estado falló dándole la razón al Ministerio; sin embargo, la declaratoria de la Reserva no se dio sino hasta el año 2011. En ese periodo se realizaron diversos estudios encargados por la CAR, entre otros, uno coordinado por el Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Nacional, y elaborado en conjunto con el Instituto de Ciencias de la misma universidad, la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, la Universidad UDCA, y el Instituto Geográfico Agustín Codazzi. Este estudio documentó ampliamente el valor ecológico del borde norte, y está publicado en dos tomos de más de quinientas páginas que ofrecen información detallada del valor de los suelos, la fauna, la flora y la historia predial, entre otros temas.

Lograr la declaratoria de la Reserva tomó once años, entre dilataciones, acciones jurídicas y estudios. Después de su declaratoria, en el año 2014 la CAR expidió el Plan de Manejo Ambiental (PMA), un instrumento para determinar el régimen de usos de la Reserva, es decir, los usos permitidos y prohibidos, así como los programas y proyectos que posibilitaran su restauración y consolidación en un término de diez años. A pesar de que

después de dieciséis años se hubiera logrado la declaratoria y se contara con una ruta para la consolidación de la Reserva, en el 2016 la Alcaldía propuso nuevamente su urbanización, lo que implicaba retornar a una discusión de hacía más de quince años y abrir un nuevo capítulo en esa disputa.

La propuesta de la Alcaldía de desarrollar en esta zona un proyecto de urbanización denominado *Ciudad Norte*, para construir viviendas para aproximadamente un millón de habitantes, despertó un gran malestar ciudadano, así como un amplio cubrimiento en medios de comunicación y redes sociales, que puso la discusión en la agenda pública. Poco a poco se fue tejiendo una amplia red en defensa de la Reserva Van der Hammen, que articuló el grupo de científicos y científicas que habían realizado los estudios o dirigido investigaciones relacionadas con la Reserva y que llevaba años en la discusión con universidades, ONG, artistas, la comunidad muisca de Suba, diversos colectivos ciudadanos, políticos e influenciadores, entre otros actores.

Una red ciudadana

Como respuesta al anuncio de la Alcaldía de querer urbanizar estos “potreros inservibles de la Van der Hammen”, a comienzos de 2016 se organizaron foros, debates, siembras, recorridos en bicicleta y diversas actividades con el fin de defender la Reserva. Poco a poco, la movilización ciudadana se fue organizando en una estructura que permitía las actividades espontáneas, para que ese territorio fuera apropiado por cualquier persona u organización interesada, así como un colectivo ciudadano enfocado en las actividades de siembra (Sembradores Van der Hammen) que permitía el encuentro en el territorio, y una veeduría ciudadana para hacer seguimiento al PMA de la Reserva, así como a las actuaciones de las entidades.

Esta estructura, en articulación con distintas organizaciones e iniciativas ciudadanas, ha permitido desarrollar siembras, foros académicos, laboratorios, recorridos por la Reserva, proyectos sonoros, exposiciones de arte, acciones de protesta y manifestación, rituales, derechos de petición, participación en audiencias públicas y reuniones con las entidades, intervenciones

en el Congreso y el Concejo de Bogotá, charlas en colegios y universidades, talleres, materiales pedagógicos e informativos, entre muchas otras acciones. Este amplio repertorio de acción evidencia que el valor de la Reserva no se limita a una discusión de urbanización/protección ambiental, que en últimas simplifica el debate, sino que permite ver esta área protegida como un espacio vivo con un gran potencial para la ciudadanía y la ciudad.

El valor de la Reserva

La Reserva Van der Hammen es un ecosistema vital para la ciudad y la región, pues fortalece la estructura ecológica principal, tanto del distrito como de la Sabana de Bogotá. Así, la Reserva constituye un área estratégica desde el punto de vista ambiental, en la medida en que conecta los cerros orientales con el río Bogotá, permitiendo el flujo de la vida —plantas, animales, agua, suelos, semillas— en un corredor que busca recuperar los ecosistemas de cerro, bosque, humedal, praderas y río. Si bien gran parte de esta zona está deteriorada y degradada, justamente fue declarada como Reserva para lograr su recuperación ambiental. Además, desde su origen, la Reserva se pensó como un límite ambiental para contener la expansión excesiva de la ciudad y evitar la conurbación con los municipios de Chía y Cota. Esta decisión fue ampliamente discutida por el Panel de Expertos creado por el Ministerio de Ambiente en el año 2000 para definir el futuro de esta área de la ciudad, y que tuvo como resultado final la orden del Ministerio a la CAR de declarar esta zona reserva forestal.

La historia geológica, natural y de manejo de las comunidades muisca hace justamente parte de los valores centrales de la Reserva. Además, un gran potencial para conocer como ciudadanía la historia de nuestro territorio y la relación que hemos tenido con el mismo. La riqueza de los suelos, el paisaje de la hacienda y el manejo muisca del territorio hacen parte de los valores. Estos diez puntos, que hacen parte del trabajo de la Veeduría para divulgar el valor de la Reserva, muestran que esta área protegida es compleja, y su valor no radica en una sola función, sino en la suma y complemento de sus diez características.



Jornada de siembra, Sembradores
Van der Hammen, Reserva
Thomas van der Hammen, Bogotá.
Fotografía: Andrés Moyano D.,
enero de 2020.



Imagen donada
por la artista
Bastardilla
al proceso de
defensa de la
Reserva Thomas
van der Hammen
(de libre uso).



www.reservathomasvanderhammen.co
[@RTvanderHammen](https://twitter.com/RTvanderHammen) [#reservavanderhammen](https://twitter.com/reservavanderhammen)

Logo del
Colectivo
Sembradores
Van der
Hammen.



Logo de la
Veeduría
Ciudadana
de la Reserva
Thomas van der
Hammen.



INVITACIÓN

LABORATORIO CIUDADANO PRO VAN DER HAMMEN

El primer Laboratorio Ciudadano Pro Van der Hammen es un espacio de escucha, intercambio y producción de conocimiento de naturaleza experimental y colectivo. Queremos invitarlos el próximo sábado 4 de febrero de 2017 de 8 de la mañana a 6 de la tarde a la Casa Thomas Van der Hammen "Santa Clara" - Chía (Tendremos transporte desde Bogotá)

Invitado especial: Antonio Lafuente Investigador e Historiador de la Ciencia del CSIC y creador del Laboratorio del Procomún MediaLab-Prado (ESP) Activan este espacio: Sabina Rodríguez Abogada (CO) Bárbara Santos Editora y artista (CO)

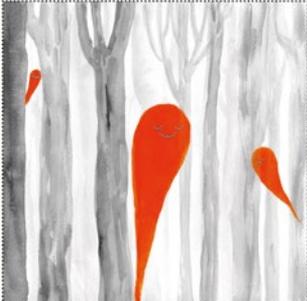
Favor confirmar: 321 243 82 39 - 313 816 24 35 reservathomasvanderhammen.co

#provdhammen

Patrocinan:



Invitación al Laboratorio Ciudadano Pro Van der Hammen, 4 de febrero de 2017.



SOMOS RESERVA
EXPOSICIÓN Y LABORATORIO DE CREACIÓN DE LA RESERVA THOMAS VAN DER HAMMEN

Del 22 de abril al 6 de mayo de 2017
Casa Rústica, Bogotá
Abierto de 12 a 6 PM
Calle 70 # 9-41, Quinta Camacho



Artistas y colectivos:
Alfonso Ariza
Catalina Lopez
Claudia Maria Gutiérrez
Daniela Maite Robayo
Edgar Álvarez
Esteban Ardila
Fundación Fahrenheit 451
Javier Morales
Johanna Martinkelle
Malú Castro

Marcela Calderón
Marcela Rodríguez
María Buenaventura
Nobara Hayakawa
Samuel Córdoba
Sergio Murillo, Baúl de fantasía.
Snyder Moreno
Susana Mejía

Esta exposición fue curada por el Grupo de Arte de la Reserva Thomas van der Hammen.

PROGRAMACIÓN

La exposición Somos Reserva estará abierta al público todos los días desde la inauguración 22 de abril hasta el 6 de mayo de 12 a 6 PM

22 de abril: Inauguración de exposición. Abierto al público desde las 2 PM. Conversatorio sobre la Reserva a las 5 PM

23 de abril: Taller para niños. Cómo hacer un árbol. A cargo de la Fundación Promedio. 11:00 AM

23 de abril: Taller de activismo, redes y arte. A cargo de Edgar Álvarez. 2 PM

28 de abril: Carrusel de los talentos Somos Reserva. Lectura de textos sobre la naturaleza. A cargo de la Fundación Fahrenheit 451. 7 PM

30 de abril: Taller de títeres para niños. A cargo de Sergio Murillo del Baúl de fantasía. 11:30 AM

1 de mayo: Taller de colografía para niños. A cargo de Malú Castro. 11:30 AM

6 de mayo: Evento de cierre. Conversatorio con los artistas. 3:00 PM

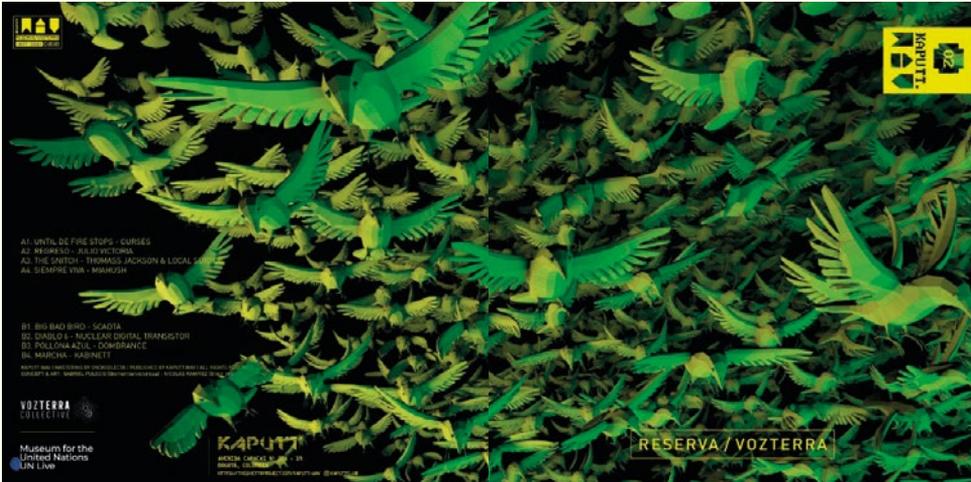
Inscripciones a los talleres: www.facebook.com/reservavanderhammen/

Para mayor información: Casa Rústica teléfono 2100023 reservathomasvanderhammen.co

Agradecimientos: Preminger, Director Casa Rústica & Tropenbos Colombia



Programación de la exposición y laboratorio de creación "Somos Reserva", 22 de abril al 6 de mayo de 2017. Diseño de Bárbara Santos y Catalina Vargas.



Cubierta del disco de música electrónica con sonidos de la Reserva Van der Hammen. Colectivo Vozterra.

Proteger la Reserva es...

1. **#Preservar** el equilibrio ecosistémico de la estructura ecológica principal, para garantizar un corredor ecológico vital para el desarrollo sostenible de Bogotá y la región.
2. **#Restaurar** entre todos los ciudadanos y la naturaleza el ecosistema, representativo de la Sabana de Bogotá, de forma integral y funcional.
3. **#Conectar** la vida entre los cerros, el bosque de la Sabana, los humedales, las quebradas, las aguas superficiales y subterráneas, y el río Bogotá.
4. **#Regular** el corredor hídrico de aguas lluvias, subterráneas, quebradas, el valle aluvial del río, los canales y los humedales que limpian el río Bogotá, como un soporte para enfrentar el cambio climático.
5. **#Proteger** la fauna y flora endémica, la llegada de aves migratorias, las mariposas, los anfibios, los mamíferos, y todo el sistema ecológico vital para una gran diversidad de especies.
6. **#Crear** el bosque urbano más grande de Latinoamérica como un gran parque sostenible para la ciudad y el país.
7. **#Mitigar** las emisiones de CO₂ con un bosque en crecimiento y el cambio climático, al proteger de sequías e inundaciones por medio de servicios ambientales.
8. **#Asegurar** la fertilidad de los mejores suelos del país para garantizar la soberanía alimentaria de la ciudad del futuro.

9. **#Honrar** el patrimonio material e inmaterial del legado de la cultura muisca de canales y terrazas en zonas inundables, y el paisaje rural y cultural de la Sabana de Bogotá.

10. **#Contener** la expansión de la ciudad, poniéndole un límite a su crecimiento excesivo, para evitar la conurbación que afecta los servicios ambientales de la ciudad y el bienestar de quienes la habitan.

**El proyecto Camellones
justamente se inscribe
en la defensa de este
espacio vital para la
ciudad, refleja su gran
potencia y nos muestra
que la Reserva Van der
Hammen es un espacio
vivo de memoria que nos
permite comprender
históricamente el
territorio para vislumbrar
sus posibilidades actuales.**

Juan Rodríguez y Guido Caicedo cavan zanjas
en Las Mercedes, Reserva Thomas van der
Hammen, Bogotá. Fotografía: Juliana Steiner,
16 de octubre de 2022.





Camellones, mihique-suna gue, caminos de agua

Este proyecto hace parte de esa dimensión de diversos valores de la Reserva que no se limita a la conectividad ecológica, o la protección de los suelos, o a sembrar árboles. Hace parte de ese entramado que devela una historia geológica, ambiental y cultural de un territorio.

El ejercicio de destapar el potrero pone al descubierto el sistema hídrico de la Reserva, el agua que corre por sus suelos y conecta la vida. El desenterramiento del camellón nos recuerda que alguna vez los muiscas manejaron el territorio de otra forma, fueron una sociedad anfibia que no peleaba con el agua con el propósito de construir muros para dividir el espacio del agua y el espacio seco, sino que convivía con ella para crear todo un sistema en el que pudiera correr, fluir y alimentar la vida. Esa memoria está viva en la abuela Blanca, una memoria que puede empezar a ser parte de la memoria de la ciudad. Al recrear hoy unos pequeños camellones y canales descubrimos un territorio que es agua y que nos invita a pensar la forma como nos relacionamos con ese territorio, nos hace un *zoom* al pasado para pensarnos en presente, y desde una pequeña porción de tierra visibiliza un complejo y gran sistema que una vez ocupó toda la Sabana de Bogotá. Así, nos recuerda que somos una cultura anfibia, de caminos de agua, y la vida que brinda.

El proyecto Camellones se inscribe en este diverso repertorio de acción en defensa de la Reserva Van der Hammen. Es un museo vivo que nos permite entender la Reserva en su complejidad, como un territorio vivo del que podemos aprender, que nos enseña la historia y nos invita a reflexionar sobre nuestra relación actual con el agua y el territorio. Además, honra las distintas capas de la tierra, del agua y los suelos de la misma Reserva y sus valores. El camellón, que hace visible el agua, la biodiversidad, el uso y la memoria de un territorio, muestra ese espacio vivo que es la Reserva y del que ojalá algún día podamos disfrutar todos los ciudadanos.

La Sabana de Bogotá: De cuenca lacustre a planicie inundable. Un proceso visto desde el cerro de Suba

Lorena Rodríguez Gallo

Si pudiéramos retroceder en el tiempo y ubicarnos en la falda del cerro de Suba hace 45000 años, tal vez estaríamos muy bien abrigados, pues la temperatura era hasta 8° menor que la actual, y a nuestro alrededor solo veríamos un inmenso espejo de agua, pues la Sabana entera estaría ocupada por un lago que llegaba a la cota de 2600 m, lo que convertiría, por lo tanto, a este y otros cerros, como el Majuy y el de Subachoque, en verdaderas islas en medio del agua. Alrededor, en estos cerros veríamos una vegetación de gramíneas de páramo, *Polylepis* (arbustos de páramo) y vegetación de bosque andino, con árboles como el roble (*Quercus*), el palo blanco (*Ilex kunthiana*), el aliso (*Alnus*) o el encenillo (*Weinmannia*). Y si levantáramos la mirada hacia las montañas del oriente, hoy coronadas por la iglesia de Monserrate y la Virgen de Guadalupe, en vez de estos monumentos humanos a lo sagrado, veríamos el blanco intenso de una capa de hielo perdiéndose de vista, pues el glaciar llegó a bajar hasta



los 3000 y 2700 m de altitud,¹ situación que comenzó a cambiar hace 32000 años, cuando el lago comenzó a secarse (Van der Hammen, 1992, pp. 175-183).

Este medio ecológico tuvo las características antes descritas porque hace aproximadamente tres y medio millones de años, cuando se inició el periodo Cuaternario, y en él, la época del Pleistoceno, la cordillera Oriental finalizó su proceso de elevación desde las tierras bajas tropicales, formando en el lugar que hoy ocupa la Sabana de Bogotá una cuenca cerrada a 2600 m de altura, rodeada por colinas que sobrepasan al oriente los 4000 m de altura. Esta cuenca rápidamente se cubrió con el agua que bajaba de las montañas circundantes, formando ese vastísimo

1 El anterior periodo interglaciar de la tierra comenzó hace 128000 años, y finalizó hace 73000, dando paso a la última glaciación, que terminó en el 10000 a. p. Con el inicio de este último y actual periodo interglaciar comenzó la época geológica llamada *Holoceno* (Walker y Geissman, 2009).



Páramo de
Cruz Verde.
Fotografía:
Lorena
Rodríguez Gallo.

lago que constantemente recibía en su fondo depósitos de arena, arcilla y otros materiales arrastrados por las aguas de esos cursos fluviales.²

Pero la propia presión de las masas de agua que se acumulaban en el lago debido al aumento de las precipitaciones y al inicio del deshielo del final de la época glaciaria, que arrastraban ingente cantidad de material hacia la cuenca, sumado a que apenas existía un estrecho drenaje para esas aguas en el suroccidente, dicha presión del agua, decimos, poco a poco fue erosionando y ampliando esa salida hasta permitir que el agua fluyera abundantemente por lo que hoy conocemos como el Salto del Tequendama, en su camino hacia el valle del Magdalena, buscando siempre el encuentro con el mar. A esto se sumó el hecho de que entre el 35000 y el 30000 a. p. predominó un clima más seco (menores precipitaciones y mayor

2 Sabemos por las investigaciones paleoecológicas del área que estos depósitos llegaron a tener 600 m de grosor (en el sector de Funza), hoy conocidos con el nombre de Formación Sabana, y su estudio constituye actualmente una fuente inestimable de información sobre el ambiente ecológico de esa época remota (Van der Hammen, 2003: 21).

evaporación del agua), lo que llevó a que hace 27000 años, aproximadamente, el lago se secara y la Sabana adquiriera una nueva personalidad.

Si pudiéramos estar allí, ya no nos veríamos obligados a mantenernos en la falda de la colina de Suba: podríamos caminar, aunque con alguna dificultad, sobre ese suelo que antes fue el fondo del lago, con nuestros pies hundiéndose ligeramente en el sedimento turboso y arcilloso. A nuestro alrededor veríamos los mismos árboles del bosque andino, pero ahora señoreando sobre la propia planicie, y vegetación de arrayán (*Myrcianthes*), hayuelo (*Dodonaea*) y laurel (*Myrica*), con presencia de alisos (*Alnus*), raques (*Vallea stipularis*) y encenillos (*Weinmannia*) en los sectores más inundables, y finalmente una nutrida vegetación de pantano, como hierbas y juncos (*Ericaceae* y *Cyperaceae*). Varios espejos de agua estarían allí en memoria del antiguo lago pleistocénico, aumentando o disminuyendo su tamaño según las fluctuaciones de la temperatura y la pluviosidad características de esta fase, que fue particularmente húmeda entre el 24000 y el 21000 a. p.

Grandes cantidades de patos y de pájaros, algunos de ellos apenas de paso en sus rutas migratorias, probablemente cubrirían con su presencia el cielo y el agua, y con sus graznidos, el aire. Por la superficie aún lodosa del antiguo fondo del lago se comenzarían a delinear los valles de drenaje que los flujos de agua provenientes de las montañas irían excavando lentamente, para confluir cada uno de ellos en la corriente principal, y hasta hoy vertebral, del río Bogotá (por entonces, también ella en proceso de formación), que desde Villapinzón ingresaba, como ahora, por el nororiente de la antigua cuenca hacia el suroccidente, en un trayecto que desde entonces ha tenido como objetivo entregar sus aguas al Salto del Tequendama. En estos cauces rápidamente se hicieron presentes moluscos de agua dulce y peces como la guapucha, el capitán, con sus característicos bigotes, y el capitancito, especies que hoy apenas sobreviven en ambientes muy restringidos, como el embalse del Neusa, o bastante contaminados, como la laguna de Fúquene.

Entonces, hacia el 21000 a. p., el clima se hizo mucho más seco y frío, y la extensión de los casquetes glaciares alcanzó su máxima expresión. El bosque andino se vio expulsado hacia la cota de los 2000 m, y la Sabana



↑ Ambiente xerofítico en Canoas, Soacha, Cundinamarca. Al fondo serpentea el río Bogotá en proximidades al embalse del Muña. Fotografía: Lorena Rodríguez Gallo.

← Laguna de La Herrera, Mosquera, Cundinamarca. Fotografía: Lorena Rodríguez Gallo.

se pobló de vegetación de páramo. En el suroccidente de su territorio se creó un ambiente de vegetación seca semiabierto, que como un brazo alargado venía extendiéndose desde el valle del Magdalena (Van der Hammen, 1992, pp. 151-153), constituida por especies como el hayuelo (*Dodonaea viscosa*), el dividivi (*Caesalpinia spinosa*), el sangregao (*Croton bogotanus*), agaves y cactáceas como la tuna (*Opuntia* aff. *Schumannii*) o como la *Wigginsia vorwerkiana*, un cactus que solo se encuentra en Sogamoso y en la Sabana de Bogotá (Calvachi, 2012).

Ante un ligero pero firme temblor de tierra volveríamos la vista hacia el suroccidente, y veríamos a lo lejos un conjunto de mastodontes y caballos



Tunas y fiques
del ambiente
xerofítico en
Usca, Mosquera,
Cundinamarca.
Fotografía:
Lorena Rodríguez
Gallo.

americanos andando con paso apresurado hacia un sector de bosque, huyendo de la amenaza inminente de un tigre dientes de sable que ya iría asomando por las colinas.³ Estos gigantes fueron por un par de milenios habitantes habituales del altiplano, adonde llegaron probablemente por el camino que despejó la vegetación abierta y baja propia del clima seco que facilitó su desplazamiento desde las tierras bajas del Magdalena.

3 Los datos más antiguos sobre presencia de megafauna en la región corresponden al sitio de Pubenza, Tocaima, donde se encontraron restos de mastodonte (*Notiomastodon*), datado entre 19579 y 20631 a. p. (cal.) y al sitio de Tibitó, en Zipaquirá, donde se encontró evidencia de procesamiento y consumo de mastodonte, caballo americano, venado y zorro, fechados en 13340 a. p. (cal.). En este último sitio, los huesos de mastodonte estaban calcinados, una costilla presentaba huellas de corte y las defensas estaban apiladas (Langebaek, 2021, pp. 95-98).

Si pudiéramos mirar hacia el cielo, tal vez veríamos periódicamente nubes de ceniza cayendo a manera de llovizna y posándose sobre el suelo pantanoso de la planicie, producto de la actividad volcánica de la cordillera Central (Van der Hammen, 2003, p. 24), y vislumbraríamos cuán importantes llegarían a ser aquellas capas de ceniza volcánica para el enriquecimiento de ese suelo que algunos miles de años más tarde tendrían las mejores condiciones para las prácticas agrícolas.⁴

Hacia el 14000 a. p., y en momentos en que los primeros grupos humanos ya se dispersaban por el continente, y algunos iban camino de las cumbres andinas del altiplano hoy llamado *cundiboyacense*, el clima se tornó nuevamente más húmedo y cálido, y el bosque andino retornó a la Sabana, anunciando la fase final de la glaciación, lo que llevó probablemente a un aumento en el caudal de los ríos por el deshielo. Así, aunque las precipitaciones disminuyeron, el agua debió mantener una fuerte presencia en la Sabana, debido a los grandes desbordamientos que estos ríos incipientes debían generar, favoreciendo así la presencia de lagos, humedales e inundaciones estacionales, cuya configuración y dimensiones debían cambiar con cada nuevo desbordamiento, haciendo de este un espacio ecológico dinámico y de múltiples ropajes.

Entonces, la temperatura debió ser similar a la actual, y si en el 13999 aún estuviéramos allí sobre la falda del cerro de Suba, veríamos pequeños grupos humanos moviéndose también por las faldas de las montañas de la Sabana y sobre las terrazas aluviales, por ejemplo, en el sector del Abra en Zipaquirá,⁵ en búsqueda de frutos para recolectar, venados, patos o curíes para cazar, y materia prima para llevar a cabo sus actividades cotidianas.

4 Este tipo de suelo con alta presencia de materia orgánica y ceniza volcánica es conocido con el nombre de *andisoles*.

5 Según las fechas calibradas, las evidencias más antiguas de poblamiento en la Sabana serían de 13999, para el sitio El Abra, en Zipaquirá, y de 12 162 para los abrigos rocosos del Tequendama (Langebaek, 2021, p. 103).



Frailejones en la
región del páramo
de Sumapaz,
Cundinamarca.
Fotografía:
Lorena Rodríguez
Gallo.

Parecía, por lo tanto, que la última glaciación por fin había terminado, pero las temperaturas volvieron a bajar entre el 11000 y el 10000, lo que hizo que retornara la vegetación de subpáramo, que en este breve periodo de tiempo compartió el espacio de la Sabana con la vegetación de bosque andino (Van der Hammen, 2003, p. 23). Sin embargo, su ciclo se había cumplido, y a partir de ese momento el clima mejoró definitivamente, la megafauna comenzó su declive, al parecer debido a la disminución de las áreas arbustivas y abiertas, que solo se preservaron en el borde suroccidental de la Sabana, y a la presión ejercida por los grupos humanos.⁶ Entonces, la Sabana junto con sus habitantes, ingresó a nuestro actual periodo interglaciar.

6 Prates y Pérez (2021) plantean que el elemento más crítico para la extinción de la megafauna fue la caza por los grupos humanos que comenzaron a arribar hacia el 15000 a. p. a Suramérica, y que este no fue necesariamente un fenómeno de caza masiva: habrían bastado niveles moderados o bajos para haber generado un impacto negativo en la red trófica.

Y si imaginamos presionar un botón, como si se tratara de un video en el que podemos acelerar la secuencia... tal vez veríamos en esa planicie de Suba a las primeras personas construyendo plataformas elevadas y canales a sus lados para darle manejo a ese elemento omnipresente desde la formación de esa gran cuenca lacustre que fue la Sabana de Bogotá: el agua.

Si pudiéramos estar allí, justo en esas faldas del cerro de Suba, mirando en dirección al occidente veríamos un río Bogotá ya claramente delineado en su cauce, al que acabarían de ingresar las aguas del río Frío por su banda occidental, y al que se unirían en breve las aguas del río Salitre-La Conejera por el lado oriental. Las madrevejas o meandros abandonados nos recordarían que ya el río gozaba de cierta edad, la suficiente para haber dejado crecer sus meandros y progresivamente abandonarlos en su paso serpenteante por la planicie de la Sabana. Los suelos que componen su valle de inundación se conocen hoy con el nombre de *Formación Chía*, mientras que en el interior de la planicie, sobre las terrazas aluviales que pondrían a grupos humanos, plantas y animales a salvo de los desbordamientos del río, justo allí enfrente de las faldas del cerro de Suba, y más al norte o más al sur, deberíamos ver lo que hoy llamamos la *Formación Sabana*, conformada por suelos ándicos, oscuros y ricos en materia orgánica, muy propicios para el desarrollo de la agricultura.

Y si imagináramos que pudiéramos presionar un botón, como si se tratara de un video en el que podemos acelerar la secuencia para que las acciones transcurran en un tiempo menor del que fueron producidas, veríamos a los grupos humanos que poblaron la Sabana crecer en número, aumentar y mejorar con el paso de los años y de los siglos sus conocimientos sobre ese medio ecológico, sedentarizarse en torno a sus huertas para comenzar a producir los frutos de la tierra que hoy en día encontramos en nuestras mesas, como la calabaza, los tubérculos de altura, el maíz, el fríjol y la achira; podríamos verlos comenzar a producir ollas hechas con esa arcilla tan abundante en este suelo del antiguo lago pleistocénico, sacar de las entrañas de la tierra aquella sal que quedó como un recuerdo de los tiempos remotos en que la cordillera hacía parte del suelo marino,⁷ y darle forma a la tumbaga (aleación de oro y cobre) para adornar sus cuerpos y rendir tributo a sus dioses. Veríamos también las cargas de algodón

7 Sobre la producción de sal en la Sabana de Bogotá, consúltese el trabajo de Marianne Cardale (1981).

subir por la cordillera para que, una vez en esta planicie templada, fueran transformadas, por medio del tejido, en acogedoras mantas para abrigarse del frío, y tal vez veríamos en esa planicie de Suba a las primeras personas construyendo plataformas elevadas y canales a sus lados para darle manejo a ese elemento omnipresente desde la formación de esa gran cuenca lacustre que fue la Sabana de Bogotá: el agua.

Referencias

- Calvachi, B. (2012). Los ecosistemas semisecos del altiplano cundiboyacense, bioma azonal singular de Colombia, en gran riesgo de desaparición. *Revista Mutis* 2(2), 26-59.
- Cardale, M. (1981). *Las salinas de Zipaquirá: Su explotación indígena*. Banco de la República.
- Langebaek, C. (2021). *Antes de Colombia: Los primeros 14000 años*. Debate.
- Prates L. y Pérez S. I. (2021). Late Pleistocene South American megafaunal extinctions associated with rise of Fishtail points and human population. *Nature Communications* 12(2175). DOI: 10.1038/s41467-021-22506-4. <https://www.nature.com/articles/s41467-021-22506-4.epdf>
- Van der Hammen, T. (ed.) (1992). *Historia, ecología y vegetación*. Banco Popular-COA.
- Van der Hammen, T. (2003). Los humedales de la Sabana: Origen, evolución, degradación y restauración. En *Los humedales de Bogotá y la Sabana* (pp. 19-48). Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá.
- Walker J. y Geissman J. (2009). *Geologic time scale*. Geological Society of America.

Grupos humanos, agua y territorio en el noroccidente de la Sabana: Una relación milenaria

Lorena Rodríguez Gallo

Los caminos del agua y los primeros agricultores de la zona

Como se mostró en el capítulo anterior, la vida del río Bogotá está íntimamente asociada al antiguo lago pleistocénico y a la finalización de la última glaciación. Una vez la antigua cuenca se desecó, se comenzaron a cavar los lechos de ríos que descendían de las montañas que rodean la planicie, alimentando el caudal del río Bogotá, que a su vez fue formando su propio cauce, y que desde ese momento se convirtió en el eje articulador del sistema fluvial de la planicie.

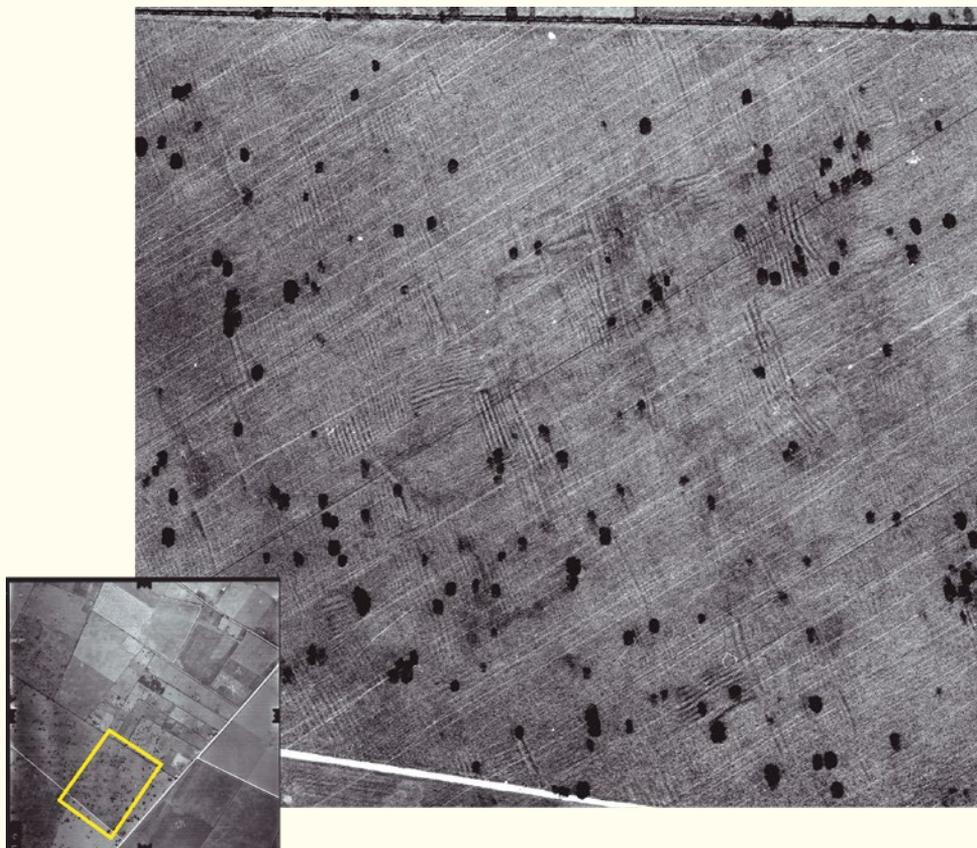
Cuando los primeros grupos humanos comenzaron a arribar a la Sabana, hace aproximadamente 12400 años (13999 cal.), se encontraron con un medio ecológico aún fluctuante entre el páramo y el bosque andino, con alta presencia de lagunas, humedales e inundaciones estacionales (Van der Hammen, 2003, p. 22). Lo anterior implicó la

necesidad de establecer desde el principio una particular relación con el agua, un elemento perenne en la planicie, de manera que cuando los grupos humanos comenzaron a llevar una vida plenamente sedentaria, hace 5000 años, y su alimentación comenzó a depender principalmente de la agricultura (Correal y Pinto 1983; Correal, 1990; Cárdenas, 2002; Mejía, 2018), fue necesario transformar ese territorio, no para deshacerse del agua, sino para poder compartir el espacio con ella y al tiempo aprovechar la gran cantidad de recursos que brindaba.

De esta forma, la Sabana se cubrió progresivamente de canales para el manejo de los excesos de agua (causados por el alto nivel freático del suelo o por las inundaciones estacionales que se daban por el desbordamiento del río Bogotá y de sus afluentes) y de plataformas en tierra elevadas que mantendrían secas las raíces de las plantas. Canales y plataformas se intercalaban, unos después de los otros, como construyendo una trama que poco a poco iba tejiendo la tierra según las necesidades de las personas y del territorio, para poder cultivar allí y llevar a cabo las demás actividades cotidianas (Broadbent, 1968; Boada, 2001 y 2006; Rodríguez Gallo, 2019).

Al igual que el proceso de formación de los ríos de la Sabana requirió de varios miles de años, el proceso de cavar y elevar la tierra alternadamente fue lento y requirió del empeño y el cuidado diario de decenas de generaciones de personas a lo largo de más de 2500 años¹ que hoy en día clasificamos como pertenecientes a los periodos Herrera y Muisca.² Como resultado, para los días previos a la invasión española, la Sabana de Bogotá era un territorio completamente antropizado y estructurado a partir del agua, teniendo como eje articulador al río Bogotá.

-
- 1 Las fechas más antiguas de que se dispone hasta el momento para la datación del sistema hidráulico son 3338 a. p. (cal.) y 2709 a. p. (cal.) (Boada, 2018: 669).
 - 2 Sobre la subdivisión de estos dos periodos, y sus correspondientes cronologías, no existe un consenso entre los investigadores. Aquí partimos de la siguiente cronología: Herrera: 800 a. C.-100 d. C.; Muisca Temprano: 100 d. C.-1000 d. C.; Muisca Tardío: 1000 d. C.-1550 d. C. Véase en Rodríguez Gallo, 2019: 197.



A lo largo de su valle de inundación, y del valle de inundación de sus afluentes, irradiaban grandes canales, que podían alcanzar hasta 2 km de largo, según lo que aún es visible en las fotografías aéreas de la primera mitad del siglo XX.³ Estos canales distribuían los excesos de agua que se generaban en las temporadas invernales por el aumento de la pluviosidad, y así aumentaban su tamaño y capacidad de manejo del agua conforme se aproximaban desde el norte hacia la confluencia del

Vestigios de camellones prehispanicos ajedrezados. IGAC, C773-127.

3 Es el caso de los canales construidos en el sector norte de la confluencia del río Tunjuelito con el Bogotá. Véase en Rodríguez Gallo (2019, p. 201).

río Tunjuelito con el Bogotá, la zona más baja e inundable de la Sabana. En cambio, en las planicies por encima del valle de inundación, un entramado ajedrezado de pequeños canales, intercalados con las plataformas para el cultivo, controlaba los encharcamientos por alto nivel freático, y así garantizaba que las plantas no resultaran afectadas por el exceso de humedad del suelo.

Allí se cultivaron alimentos como la ibia, la calabaza, el maíz, el fríjol, la achira, la quinua, y la papa y demás tubérculos de altura,⁴ intercalándose unos con otros en los mismos camellones para garantizar una colaboración mutua que ayudaba a desacelerar el agotamiento del suelo y a controlar las plagas. Por ejemplo, una combinación de maíz, fríjol y calabaza en el mismo camellón garantizaba que el maíz diera soporte al fríjol para crecer, el fríjol ayudaba —y ayuda— a fijar el fósforo y el nitrógeno en la tierra, contribuyendo así a su enriquecimiento, y la calabaza, con sus hojas siempre extendidas a ras de suelo, evitaba el crecimiento de otro tipo de hierbas.

Además, la tierra del camellón era continuamente enriquecida con la turba y los restos orgánicos que se retiraban de los canales periódicamente, con el fin de limpiarlos y garantizar que el agua fluyera de forma adecuada en el entramado agrícola. También debió ser necesario hacer trabajos de manutención en las plataformas, pues teniendo en cuenta que todo este sistema estaba conformado por estructuras de tierra, sin muros de piedra (ya que, por tratarse de la cuenca del antiguo lago pleistocénico, este era un bien escaso), debía darse con frecuencia la situación de plataformas que podrían derrumbarse parcialmente, especialmente en la época de invierno, debido a la fuerza de las corrientes de agua.

Pero el manejo del agua no solo permitía llevar a cabo las labores agrícolas: la pesca de capitán, capitancito, guapucha y de moluscos de agua dulce, y la caza de patos, pájaros y fauna que frecuentaba estos medios

4 Las investigaciones arqueológicas han permitido identificar la presencia de este tipo de plantas. Véase, por ejemplo, Correal, 1990; Parra, 1998; y Cárdenas Arroyo, 2002.

acuáticos (como el curí, la comadreja de cola roja o la zarigüeya), eran centrales para complementar la dieta, ya que una vez extinta la megafauna en la Sabana solo quedaron animales de pequeño porte, destacándose el venado como el animal objeto de caza más grande. En este sentido, es importante rescatar la idea de que debemos ver a los muisca y a sus ancestros no solo como un pueblo agrícola, sino como un pueblo de pescadores. Al respecto, la documentación colonial del siglo XVI contiene abundantes referencias sobre la importancia que tenía la pesca entre los muisca; los españoles señalan varios sitios en la Sabana de Bogotá, como el río Bogotá o el humedal El Gualí, donde los indígenas tenían las llamadas “pesquerías”. Este nombre nos induce a pensar que no se trataba simplemente de la pesca oportunista en los ríos en época de subienda, sino de formas de producción similares a la piscicultura.⁵

La experiencia de la construcción de camellones y zanjas similares a aquellos que habrían sido construidos en el período prehispánico, llevada a cabo en el segundo semestre de 2022 en proximidades del humedal de La Conejera,⁶ en la hacienda Las Mercedes (Reserva Thomas van der Hammen), mostró que sería posible crear reservorios de agua en los canales, donde se podría mantener pescado, y se garantizaría el flujo constante de agua mediante la construcción de diques de tierra que podrían ser manipulados según las necesidades. Esto permitiría dejar correr completamente el agua o retener parte del flujo, bien fuera para aprovechar las épocas de subienda o para mantener reservas de agua para la época de sequía, o bien obstruir completamente el curso del agua de manera momentánea para facilitar, por ejemplo, los trabajos de reconstrucción de plataformas o de limpieza de los canales adyacentes.⁷

5 Véase la ampliación de este tema en Rodríguez Gallo (2015, pp. 150-158).

6 El Network Project se realizó en el contexto del Common Ground, un festival internacional de políticas alimentarias y la tierra apoyado por el Centro para los Derechos Humanos y las Artes OSUN del Bard College y el Fisher Center LAB.

7 Guido Caicedo, Jesús Larrota y Juan Rodríguez, quienes llevaron a cabo la construcción de los camellones, utilizaron esta estrategia de ir construyendo

De los juncos (*Schoenoplectus californicus*), cortaderas (*Carex sp.*), enneas (*Typha latifolia*) y demás vegetación de los humedales y lagunas también extraían materia prima, como fibras vegetales, indispensable para las labores de cestería y para la construcción de los techos de las casas. En estos espejos de agua también se encontraban plantas medicinales como el barbasco (*Polygonum punctatum*) y el botoncillo (*Bidens laevis*). Además, la fotointerpretación de los vestigios de los camellones en aquellos sectores donde se preservaron mejor, como es el caso del sector Guaymaral-La Conejera, muestra que el territorio fue completamente transformado, pues no había un solo espacio que no estuviera ocupado por una zanja o por un camellón. Esto nos lleva a pensar que el agua además era el medio de transporte principal en la Sabana de Bogotá, y que los indígenas se movían en sus canoas a través de esa red de canales.

En el caso específico del sector La Conejera-Guaymaral, el registro regional sistemático realizado por Ana María Boada (2006, p. 147 y ss.) muestra que este espacio comenzó a ser tímidamente ocupado por los primeros grupos agrícolas en el período Herrera, con unas pocas evidencias de cerámica perteneciente a este periodo localizadas en la falda occidental del cerro de Suba, específicamente, en la mitad norte de la colina y del otro lado, en el borde de la terraza fluvial y en el propio valle de inundación del río Bogotá. Hacia el inicio de la era cristiana, la presencia permanente de estos grupos sedentarios aumentó considerablemente, y a juzgar por la densidad de material cerámico encontrado en la zona, la falda del cerro, el borde de la terraza fluvial y el valle de inundación del río Bogotá continuaron siendo el espacio predilecto para establecerse, aunque algunos grupos se instalaron en la planicie entre el cerro y el río.

Durante el periodo Muisca Tardío, estos mismos lugares continuaron densificándose, lo que indica que las personas nunca se trasladaron del lugar, sino que, por el contrario, fueron colonizando los terrenos vecinos a medida que la población aumentaba. Parecen haber tenido particular predilección por la falda del cerro y por la esquina norte de la confluencia

diques de tierra para retener el agua en cada zanja que se iba cavando, con el fin de poder construir los canales adyacentes sin que el agua dificultara las labores.

entre el río Salitre-La Conejera y el río Bogotá, en el propio valle de inundación. Sin embargo, como se mencionó, la fotografía aérea muestra que en todo este sector había desaparecido el bosque andino y su lugar estaba ocupado por una red tupida de camellones ajedrezados, lo que mostraría que esta lenta pero constante transformación del territorio a lo largo de más de 2000 años había permitido que, para 1536, este sector estuviera habitado, utilizado y trabajado por los mencionados grupos humanos.

La presencia de camellones en cada centímetro de tierra, sumada al patrón disperso que el reconocimiento sistemático regional evidenció en esta región (Boada, 2018), coincide con la información suministrada por los cronistas de los siglos XVI y XVII, según la cual los muisca vivían de forma dispersa, es decir, sin formar aglomeraciones aldeanas, pero con tal densidad de casas que parecía que la Sabana fuera un único y gigantesco poblado. Esto lo mencionan Castellanos (1997 [1600], pp. 1174-1177) y fray Pedro Simón (1981 [1625], t. 3, p. 187). También existe un documento colonial referido por Hermes Tovar (1988, p. 75) en el que se afirma que cada indígena tenía su huerta a la puerta de su casa, y por ello cada vivienda quedaba separada de la siguiente, lo que generaba esta visión de un conglomerado de viviendas dispersas, pero bastante cercanas entre sí.

El agua: Una presencia *non grata* para los invasores españoles

Esta realidad cambió súbita y terriblemente a partir de 1537, cuando las huestes de Gonzalo Jiménez de Quesada ingresaron a la Sabana de Bogotá, provenientes de Guachetá y Lenguaque, por el camino que de Suesca conducía a Nemocón, Cajicá, Chía y finalmente a Suba, desde donde se desplazaron a Bogotá (Aguado, 1957 [1582], libro tercero). Con la presencia de los invasores, las antiguas formas de ocupación y de transformación del territorio desaparecieron progresivamente, debido a la propia desestructuración del universo cultural de los muisca y a su rápida disminución demográfica, pero también debido a las nuevas

formas de ocupación del espacio que impusieron los españoles, quienes vieron en la planicie ya no un medio ecológico andino, sino una sabana anegadiza⁸ poco apta para sus formas de agricultura, lo que condujo a considerar que el tipo de explotación que mejor se adaptaba a esas condiciones sería la ganadería. En consecuencia, rápidamente, en los años posteriores a 1537, la Sabana de Bogotá se pobló principalmente de vacas, pero también de caballos, ovejas, puercos y gallinas. Esta actividad económica se alternó con la presencia de nuevos cultivos importados de la Península, como el trigo y la cebada, de manera tal que este conjunto de actividades ocupó buena parte del territorio.

Como consecuencia de este proceso, el espacio vital de los muiscas se redujo drásticamente,⁹ pues ellos mismos, a partir de 1539, fueron repartidos entre los encomenderos, antiguos miembros del ejército invasor de Jiménez de Quesada a quienes en compensación por sus servicios se les entregó el territorio de la Sabana de Bogotá (entre otros), lo que implicó la formación de estancias de diversos tamaños, donde sus antiguos poseedores quedaron reducidos a trabajar para el nuevo dueño. Los indígenas de Suba y Tuna, por ejemplo, fueron repartidos a Antonio Díaz Cardoso, capitán de Quesada, en 1540 (AGI, SANTA FE, 164, n.º 31).

Ante este panorama cabe preguntarse qué sucedió con el sistema hidráulico de campos elevados de cultivo que tenían los muiscas, cuyo funcionamiento garantizaba el manejo de las inundaciones en la Sabana: ¿continuaron cultivando de esta manera, aunque ya la tierra no les

8 Debemos recordar que el nombre *sabana* que recibe la planicie no corresponde al bioma de sabana, que en realidad se caracteriza por ser una zona seca con alta presencia de vegetación arbustiva y de pastizales, sino que se trata de una planicie de bosque andino, con alguna presencia de vegetación xerofítica en el suroccidente. El nombre proviene de la percepción que tuvieron los colonizadores de la planicie como un espacio llano y poco aprovechable, debido, no a su carácter seco, sino a su carácter inundable.

9 Juan Villamarín calculó que los muiscas quedaron reducidos al 5 % del territorio (citado en González, 1970, p. 307).

perteneciera? En investigaciones anteriores (Rodríguez Gallo, 2021) se pudo establecer que, efectivamente, la forma de cultivar por medio de camellones como sistema desapareció en la Sabana, ya que no solo los indígenas perdieron el control directo sobre la mayor parte del territorio, sino que buena parte del espacio se dedicó a la nueva actividad de la ganadería y el cultivo de plantas de origen mediterráneo, que requerían de un tratamiento diferente, pero también se llegó a la conclusión de que la antigua forma de cultivar en medio del agua, construyendo plataformas elevadas y canales para el manejo del agua sobrevivió en el interior de los resguardos, donde los indígenas aún controlaban sus formas tradicionales de cultivo y seguían cosechando las plantas nativas, para su propio sustento y para pagar el tributo a su respectivo encomendero.

Esto se puede evidenciar en las escasas pero directas menciones que se encuentran en la documentación colonial de la segunda mitad del siglo XVI y de inicios del siglo XVII, sobre la forma como los muisca aún acostumbraban a cultivar. Por ejemplo, en un documento de 1603 sobre la medida de una estancia de ganado mayor en el sector del Gualí, propiedad de Francisco Maldonado de Mendoza, se menciona que durante la confirmación de las medidas, llevada a cabo en 1594 por Francisco Ortiz de Mariaca, una de ellas finalizó “en el dicho sitio y vera de la ciénaga [Subtoca] entre unos camellones, linde con el dicho resguardo [de Bogotá] y estancia [donde] se hizo un mojón de céspedes con que quedó amojonado y medido el dicho pedazo de tierra”.¹⁰

Además, en el transcurso de la actual investigación se pudo establecer que estas formas tradicionales de cultivo también eran llamadas, por los administradores coloniales, “labranzas viejas de los indios”, y posteriormente, solo “labranzas de los indios”. En este sentido, existe una referencia aún del siglo XVI, en el contexto de la visita de Miguel de Ibarra para determinar las medidas del resguardo de Cota, en la que se dice que, siguiendo en dirección hacia la Punta de Cota, por encima de la estancia

10 “Francisco Maldonado con el fiscal sobre encomienda de indios”, 1603. AGI, Escribanía de Cámara, 763, ff. 123v y 124r.

de Francisco Durán, “sobre un ancón que la sierra hace se vieron labranzas viejas de indios” (1594).¹¹ Sin embargo, la última evidencia concreta sobre este sistema de cultivo es de 1606, a propósito de una visita que se hizo al resguardo de Usaquén, donde se menciona que en el río Ussía, “hacia la parte del pueblo se vio unos camellones y tierra labrada de maíz que dijeron los indios por la dicha lengua que había sembrado Juan Rodríguez”.¹²

Un sistema como este debió significar que buena parte de la movilidad en la Sabana se hiciera a través del agua, en canoas que debían surcar esta red de canales, y no de forma tradicional, a lo largo de caminos.

11 Indios de Cota contra Diego de Larrota sobre tierras”, 1657. AGI, Escribanía de Cámara, 840A, f. 13r.

12 Los indios del pueblo de Usaquén con Alonso de Suazo”, 1658. AGI, Escribanía de Cámara, 840B, f. 116r.

Lo anterior indica que el sistema de manejo de agua prehispánico sobrevivió de forma muy fragmentaria en las primeras décadas de la colonización, pero terminó desapareciendo, probablemente en las primeras décadas del siglo XVII. Estas referencias, y su búsqueda en la documentación colonial, también evidenciaron que, aunque las fotografías aéreas de los años treinta, cuarenta y cincuenta del siglo XX muestran que buena parte del territorio de la Sabana había sido modificado en el período prehispánico por este sistema de camellones, los españoles no lo describieron precisamente como eso: una forma de cultivo que había llenado de canales y de plataformas elevadas el suelo de la Sabana, haciendo que la forma de habitar el territorio fuera particular.

Un sistema como este debió significar que buena parte de la movilidad en la Sabana se hiciera a través del agua, en canoas que debían surcar esta red de canales, y no de forma tradicional, a lo largo de caminos.¹³ Esto, sin duda, lo debieron notar los españoles y debió constituirse en una condición incómoda para moverse en el territorio con sus caballos. Sin embargo, exceptuando estas breves menciones a los tipos de cultivo de los muiscas, existe un silencio absoluto sobre la forma como estos grupos indígenas habían transformado el territorio en el pasado, un silencio que parece corresponder con una mentalidad muy específica: una en la que el agua no era comprendida como un elemento idóneo para desarrollar la cotidianidad de un grupo humano.

Esto también explicaría, en parte, por qué Santa Fe fue fundada en el extremo oriental de la Sabana, sobre la falda del cerro, y no en el propio corazón del poder del cacique de Bogotá, conforme a la usanza de la época, que consistía en sobreponer el nuevo poder español al poder anterior indígena, tomando posesión de los centros políticos y religiosos para instalar allí mismo el nuevo poder peninsular, como ocurrió en

13 Aunque sabemos por las descripciones de los cronistas que también había amplios caminos. Por ejemplo, Castellanos dice que “de cualquier cercado procedía una niveladísima carrera, en longitud de larga media legua y en longitud podían sin estorbo ir caminando dos grandes carrozas...” (Castellanos, 1997 [1600], pp. 1174-1177).

el caso del cercado del cacique de Hunza, en la actual ciudad de Tunja. Sobreponer la ciudad española al cercado de Bogotá implicaba fundar la ciudad en medio del agua, en la planicie entre Funza y Serrezuela,¹⁴ situación inimaginable para la mentalidad española, especialmente del centro y sur de la península ibérica, de donde provenía el grueso de los ejércitos invasores, con esa meseta seca y de suelos amarillos.

Esta mentalidad se expresa claramente en las ordenanzas de 1523 de Carlos V, sobre las condiciones en las que se debían crear las nuevas poblaciones:

... procuren tener el agua cerca, y que se pueda conducir al pueblo y heredades, (...) para mejor aprovecharse de ella ordenamos que el terreno y cercanía, que se ha de poblar, se elija en todo lo posible el más fértil... y que no tenga cerca lagunas ni pantanos en que se críen animales venenosos ni haya corrupción de aires ni aguas. (Rojas, 2000, p. 5)

En el caso concreto de la Sabana de Bogotá, los muiscas y sus ancestros habitaron por siglos no solo cerca de los pantanos o lagunas, sino en medio de ellas, haciendo del agua el eje de la organización de su vida cotidiana, una forma de estar en el mundo incompatible con la mentalidad de los peninsulares. Como lo menciona Chantal Caillavet (1989, p. 122), fundar poblados en un medio acuático era incompatible con la noción de civilización occidental; por ello, así como se debían erradicar la lengua, la religión y la cultura de los grupos indígenas, se debía también erradicar el agua de sus territorios inundables.

En este sentido, es interesante constatar que, aunque los españoles “no vieron” o no hablaron sobre el sistema de camellones, sí señalaron desde el principio que la Sabana era una planicie altamente inundable y con fuerte presencia de lagunas y humedales, situación a la cual se debía dar remedio. Por ello, desde temprano, y a lo largo del período colonial,

14 Actual municipio de Madrid.

se llevaron a cabo obras como la construcción de canales, no para darle manejo al agua, como sucedió en el período prehispánico, sino para sacarla de la Sabana. El propósito fue secar la planicie, negándole la posibilidad de ser lo que siempre había sido: el fondo de un antiguo lago altamente arcilloso (y por lo tanto, de difícil drenaje) y con gran presencia de espejos de agua, reductos de aquella cuenca lacustre.

Fundar poblados en un medio acuático era incompatible con la noción de civilización occidental; por ello, así como se debían erradicar la lengua, la religión y la cultura de los grupos indígenas, se debía también erradicar el agua de sus territorios inundables.

Esta operación también incluyó llenar el lugar de pinos, que, al tiempo que generaban un paisaje bucólico similar al europeo, ayudaban a absorber los excesos de agua, y de pastos del que pudieran alimentarse

los ganados, que a partir de este momento se consideraron los únicos indicados para transitar en medio de esos terrenos anegadizos.

Los ires y venires del territorio norte de la Sabana: Entre divisiones y subdivisiones coloniales y republicanas

Reorganizar el territorio implicó, además de una reestructuración del medio ambiente original, una reorganización de los grupos humanos en la que ellos debían habitar el territorio a la usanza española, en poblados delimitados y con una organización del espacio entorno a una plaza central, donde se concentraban los poderes centrales políticos y espirituales, y no como siempre lo habían hecho, de forma dispersa, habitando junto a sus cultivos y en medio del agua.

La primera medida que se tomó en este sentido fue la publicación de la Instrucción, establecida por el oidor Tomás López, en 1559, sobre “el juntar y poblar de los indios naturales de los términos de esta ciudad de Santafé, como Su Majestad lo manda para su mejor policía y conversión” (citado en Velandia, 1979, t. 1, p. 440). En ella, los indígenas que se encontraban bajo la jurisdicción de Santafé fueron divididos en siete partidos, uno de los cuales era el partido de Bogotá, en el cual se incluyeron los repartimientos de Suba y Tuna,¹⁵ cuyo encomendero sería Antonio Díaz Cardoso, como se mencionó antes, un portugués que acompañó a Jiménez de Quesada en su exploración y ocupación del altiplano cundiboyacense. En 1595 la situación cambió, pues a la muerte de Díaz Cardoso, la encomienda de Tuna fue heredada por su nieto, Luis Cardoso Ome, y la encomienda de Suba, por Andrés Ruiz de Orejuela (AGI, SANTA FE 164,

15 Suba ocupaba la parte norte del cerro de Suba en dirección al río Bogotá, mientras que Tuna ocupaba el sector sur, también en dirección al río Bogotá; el río Salitre-La Conejera era el límite entre ambos.

N. 8, fol. 6). Según un documento de 1606, Luis Cardoso cedió voluntariamente la encomienda de Suba a Orejuela, quien a su vez estaba casado con su hija, Clara Suárez (AGI, SANTA FE 164, N. 33, fol. 3). Ese año ambos fueron confirmados en sus respectivas encomiendas.

Al parecer, los herederos de Luis Cardoso mantuvieron la posesión de parte de este territorio a lo largo del siglo XVII, sin que faltaran problemas y litigios sobre la legitimidad de la herencia.¹⁶ Pero en un plano de 1777 se observa cómo el territorio ya había cambiado de dueños, y para entonces una parte de esa posesión le pertenecía a un señor Sánchez; en el plano se agrega que esa estancia le había pertenecido antes a “los Cardoso”. (AGN, Mapoteca 4, 504-A).

Los jesuitas también se instalaron en la región de la antigua encomienda de Tuna. Esta orden religiosa llegó al Nuevo Reino de Granada a inicios del siglo XVII, y uno de sus miembros, el padre José Hurtado, adquirió varias haciendas en la Sabana de Bogotá, entre ellas la hacienda El Chucho, en el sector de Tuna. Es importante tener en cuenta que el padre Hurtado fue comprando poco a poco varias de las estancias que habían pertenecido a la encomienda original, pero que con el pasar del tiempo se habían atomizado en múltiples propiedades, hasta lograr constituir la hacienda con las dimensiones que tenía en 1765 (Pardo Umaña, 1946, p. 22). Sin embargo, con la expulsión de los jesuitas por la Corona española de todos sus dominios, los religiosos de esta orden debieron abandonar la hacienda en 1767. En ese momento pasó a llamarse *La Conejera* (véase Pardo Umaña, 1946, p. 20 y ss.); tal vez la razón de este cambio de nombre esté asociada a que colindaba con una hacienda llamada La Conejera, que era propiedad de Antonio Clavijo, aunque en el fondo tal vez el nombre provenga, no de la abundancia de conejos, sino de curíes en la zona.

16 En un documento de archivo de 1677, sobre el litigio en relación con la posesión de esa encomienda, se menciona a varios herederos de la familia Cardoso, entre ellos, a Cristóbal Cardoso San Miguel, Juan Suárez Cardoso y Cristóbal Suárez (AGN, Colonia, Encomiendas, CS 25, 30, D8).



Plano de estancias en el sector de Suba en 1777. Archivo General de la Nación-Colombia.

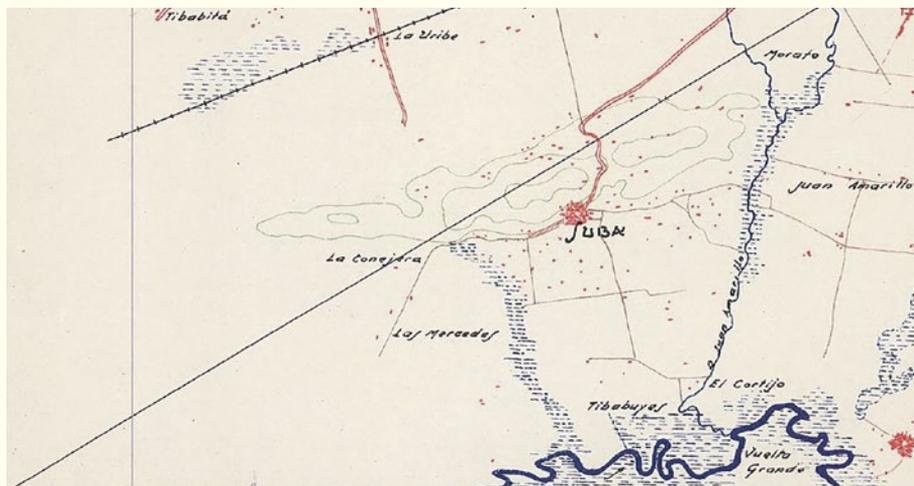
Manuel Benito de Castro compró la antigua hacienda de los jesuitas en 1775, cuando la Corona española la sacó a remate, y según Pardo Umaña (1946, p. 22), sus límites se mantuvieron sin variaciones apreciables durante más de un siglo. Este hombre compró también la hacienda La Conejera, quedando ambas propiedades bajo el mismo dominio. A su muerte, El Chucho la heredó su hijo, Ignacio de Castro y Arcaya, y La Conejera, Justo de Castro, quien murió sin descendencia. Por esta razón, las dos heredades volvieron a quedar bajo la única propiedad de Ignacio de Castro, quien a su vez las heredó a sus hijos, Antonio Benito de Castro y Félix de Castro, pero este último no tuvo hijos, por lo que pasó a manos de Antonio Benito de Castro, quien la heredó a sus siete hijos en 1864: Antonio María de Castro y Uricoechea, Eloy Benito, Guillermo, Pedro, Ignacio, José María y Margarita.

Dividida la hacienda, la porción más importante de ella, con su gran casona residencial, fue comprada pocos años después por don Melitón Escobar y Ramos, en una extensión aproximada de mil trescientas fanegadas, de quien la heredó su hija doña Julia Escobar Santa María (...) y a dicha señora la compró un lustro más tarde don Joaquín Solano Durán, abuelo del actual propietario don Carlos Solano Esguerra. La totalidad de la finca primitiva se encuentra actualmente fraccionada en catorce grandes estancias, pertenencias de diversas personas; pero ninguna de ellas es hoy de propiedad de miembros de la familia de Castro. (Pardo Umaña, 1946, pp. 25-26)

Esta breve síntesis nos muestra que el territorio que hoy se encuentra entre La Conejera y Guaymaral pasó por varios procesos de integración y desintegración. Incluso hoy en día asistimos a un nuevo esfuerzo de integración mediante la formación de la Reserva forestal Thomas van der Hammen, en el 2000, que busca constituirse en un espacio de conservación del bosque andino, un freno para el crecimiento urbano de Bogotá por su lado norte y un corredor ecológico que conecte los cerros orientales con los humedales de la Sabana y con el valle del río Bogotá, para garantizar la conservación de los acuíferos subterráneos, de los cuerpos de agua y la supervivencia de la fauna que lo habita.

Plano de la delimitación del resguardo de Suba. 1832. Archivo General de la Nación-Colombia.



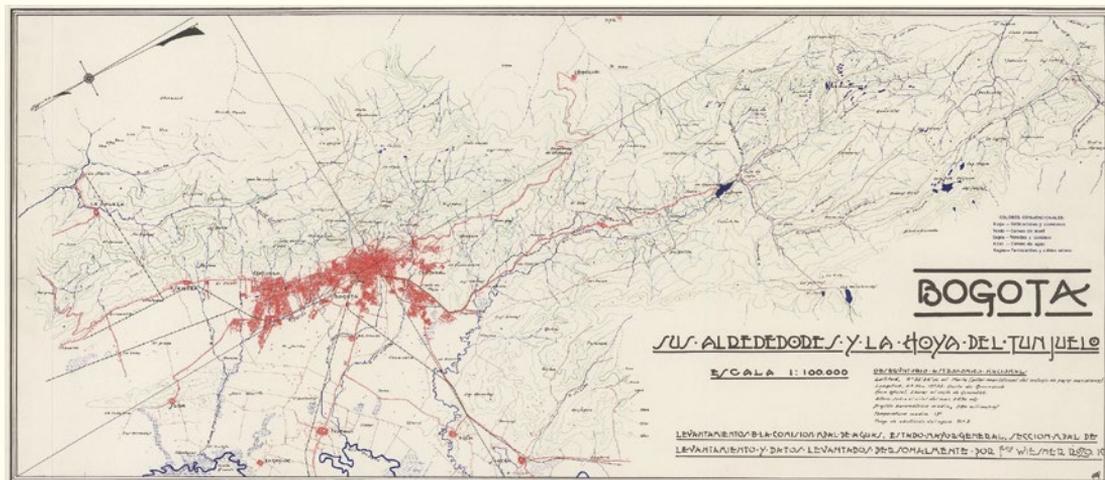


Detalle de la Sabana Norte y del sector de La Conejera. Mapa "Bogotá, sus alrededores y la hoya del Tunjuelo". Francisco Wiesner Rozo, Comisión Municipal de Aguas, 1938.

A lo largo de estos quinientos años el territorio también se ha caracterizado por haber sido uno de los menos intervenidos y transformados por las actividades económicas (agrícolas y ganaderas). La evidencia de la documentación colonial parece mostrar que estos terrenos se destinaron especialmente para el cultivo y no para la ganadería. Incluso, el mapa de 1777 antes mencionado está representando un espacio con casas y cultivos, o por lo menos vegetación, pero no hay presencia de animales o de estructuras que puedan indicar que allí se desarrollaban actividades ganaderas.

Además, según el testimonio de Pardo Umaña (1946: 26) relativo a las primeras décadas del siglo XX, en buena parte de este espacio se debió dejar de llevar a cabo cualquier tipo de actividad económica, pues se había convertido en un espeso bosque con gran presencia de animales propios de la Sabana de Bogotá, incluidos venados, zorros, armadillos y borugos. Llegó a ser, en consecuencia, un lugar apto para la caza, considerada en esa época una actividad de esparcimiento, aunque también se denunciaba la caza furtiva, que estaba diezmando la fauna presente en el lugar. Un reducto de ese bosque centenario, hoy lo conocemos como bosque de Las Mercedes, declarado en 2004 santuario distrital de flora y fauna.

Estas particulares características del proceso de construcción de este territorio fueron decisivas para el desarrollo de la investigación sobre



los sistemas agrícolas prehispánicos, pues el hecho de que sus suelos hubiesen recibido un impacto menor que el resto de suelos de la Sabana de Bogotá permitió que los vestigios de las plataformas elevadas y de las zanjas que conformaban el sistema de camellones se preservaran de manera excepcional. Para comprender la importancia de lo dicho se debe tener en cuenta que, una vez los indígenas dejaron de cultivar con el sistema de camellones, la memoria de estas formas de trabajar la tierra se fue perdiendo, y sobrevivió apenas como gestos en las propias prácticas de los campesinos e indígenas.¹⁷ Esa técnica fue redescubierta en la segunda mitad del siglo XX a partir de fotografías aéreas tomadas entre

Mapa “Bogotá, sus alrededores y la hoya del Tunjuelo”. Francisco Wiesner Rozo, Comisión Municipal de Aguas, 1938.

17 Por ejemplo, en el plano que muestra la delimitación del resguardo de Suba en 1832 (véase la imagen 3) es posible ver, hacia el occidente del pueblo, un trazado que recuerda la disposición ajedrezada de los camellones prehispánicos. No hay ninguna información en el plano que permita establecer qué se buscó representar con esas líneas, pero es muy probable que se tratara de cultivos que, aunque ya no fueran camellones en sentido estricto, se seguían realizando con el mismo tipo de disposición para construir las parcelas de cultivo, organizadas por pequeños grupos de cinco o seis aras dispuestas perpendicularmente al siguiente grupo.

los años treinta y sesenta, cuando aún se podían ver con claridad los vestigios de este sistema de agricultura, especialmente en la región de Guaymaral-La Conejera, debido a la poca intervención que hubo sobre ese espacio a lo largo del periodo colonial y republicano.

Aún a principios del siglo XIX, por ejemplo, se encontraban referencias a esas formas antiguas de cultivar, pero para entonces ya no se trataba de un sistema de cultivo practicado por los indígenas de la Sabana, sino apenas de los vestigios visibles en el paisaje de esas plataformas elevadas. En este caso, Humboldt mencionó que viniendo de Zipaquirá vio en las cercanías del pueblo de Suba las huellas de esos cultivos (citado por Broadbent, 1968, pp. 140-141). Unas décadas más tarde, Joaquín Acosta hizo referencia de manera más directa a la presencia de vestigios de camellones en la región de Suba: “Aún se ven terrenos incultos hoy en la llanura de Bogotá, o que solo sirven para crías de ganados, surcados por anchos camellones que son vestigios de antiguos cultivos de estos pueblos eminentemente agrícolas” (citado por Broadbent, 1968, p. 140).

Durante el siglo XIX, además, los viajeros, nacionales y extranjeros dejaron constancia en sus diarios y notas de viaje de que la Sabana era vista por entonces como una planicie inundable donde el agua se extendía a sus anchas sin control, sobre todo durante el invierno. Incluso la región de Facatativá, último puerto antes de entrar a Santafé, podía quedar aislada de la capital debido a las fuertes inundaciones de la planicie que casi lograban reestablecer el lago, inundando incluso la calzada elevada que conectaba estas dos localidades (el Camellón de Occidente, actual calle 13). Por ejemplo, Camacho Roldán afirmaba, refiriéndose a los arreglos de esta carretera ejecutados a mediados del siglo XIX, que

... aunque esta línea es toda horizontal, el suelo es flojo y anegadizo, como que era el fondo de un antiguo lago, no enteramente desecado en el día, a causa de los derrames del río Bogotá en los inviernos. El camino era, pues, un profundo lodazal durante las lluvias, y una sabana cubierta de polvo en verano, de tan difícil tránsito, que, durante el invierno, se empleaban hasta

tres días en recorrer las ocho leguas que median entre Facatativá y Bogotá. (Camacho Roldán, 1923, p. 87)

Unas décadas antes, Charles Stuart Cochrane afirmaba que “el camino hacia Bogotá era un lodazal hondo y peligroso”, y que “una considerable parte de la sabana está cubierta de agua”, por lo cual eran pocos los cultivos que se observaban, mientras abundaban los grandes pastizales para vacas (Stuart, 1994, p. 96).

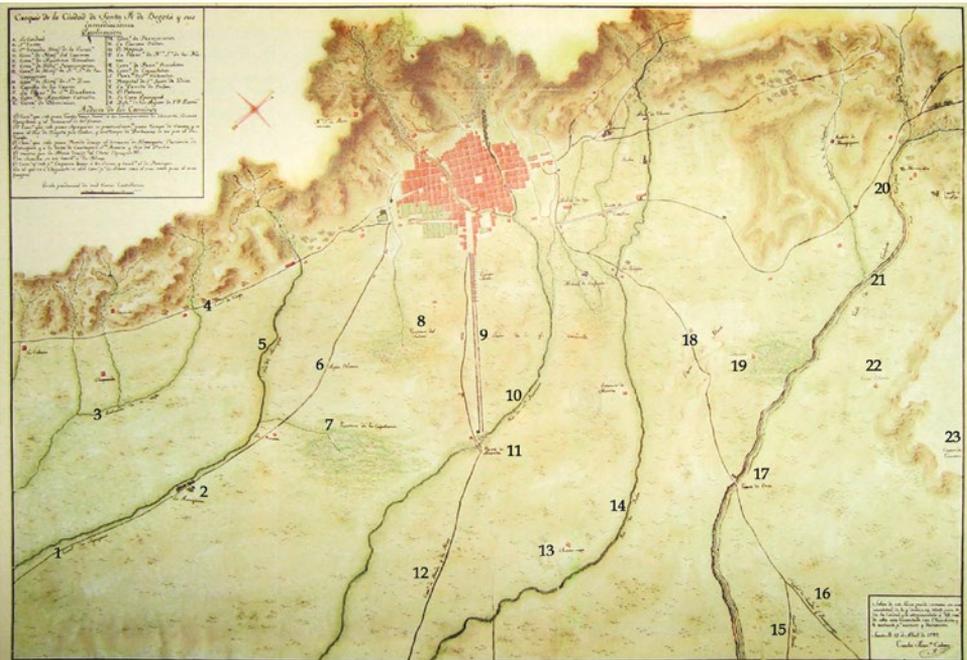
Pero no solo desaparecieron las breves y superficiales referencias a los vestigios del sistema de manejo del agua prehispánico antes referidas: además, comenzó a ganar fuerza la interpretación de que la Sabana no era un espacio apropiado para el desarrollo de la actividad agrícola. Alfred Hettner describía, en 1884, el camino de Facatativá hacia Bogotá como un lugar sobre todo ocupado por potreros subdivididos por zanjas (probablemente para drenar los excesos de agua) para el pastoreo de vacas y caballos, y en menor medida, por cultivos de trigo, maíz y otras plantas, pero además señalaba que hacia el norte de la Sabana, la mayoría del terreno estaba desaprovechado, pues se trataba de un enorme terreno pantanoso, ocupado por el matorral hasta llegar al puente del Común, donde apenas era posible cultivar en las faldas de las montañas de Chicó, Usaquén y Serrezuela. De esta forma, daba la impresión de que el territorio de la Sabana de Bogotá no era apropiado para la agricultura debido a su contexto ecológico pantanoso.

Del olvido al redescubrimiento y estudio del sistema hidráulico

Con esta idea, y con la certeza de que los grupos prehispánicos solo pudieron habitar las terrazas junto a las colinas que circundan la Sabana de Bogotá, transcurrió la primera mitad del siglo XX. De hecho, en una de las primeras investigaciones arqueológicas realizadas en la Sabana- sus investigadores, Julio César Cubillos y Emil Hauray, afirmaron que, a pesar de que la agricultura fue parte central de la economía de los muisca, la planicie no debió estar ampliamente cultivada en el

Croquis de la ciudad de Santa Fe y sus inmediaciones. Modificado de Carlos Francisco Cabrer, 1797.

periodo prehispánico debido al exceso de agua presente en ella; estimaron que, por el contrario, la actividad agrícola debió concentrarse en los declives montañosos que bordean la Sabana con excepción de las zonas de Funza, Fontibón y Chía, pero donde los asentamientos se habrían ubicado sobre terrazas naturales.



- | | | |
|-----------------------------|-----------------------------------|------------------------|
| 1. Camino de Sipaquirá | 9. Llano de la Estanzuela | 17. Puente de Bosa |
| 2. Los Arrayanes | 10. Río San Francisco | 18. Llano de Muzu |
| 3. Quebrada la Vieja | 11. Puente de Aranda | 19. La Bastida |
| 4. Camino de Tunja | 12. Camino de Honda y la Mesa | 20. Río de Tunjuelo |
| 5. Río del Arzobispo | 13. Chamisera | 21. Valle de Tunjuelo |
| 6. Agua Blanca | 14. Río de Fucha | 22. Casa Blanca |
| 7. Pantano de la Capellanía | 15. Camino de Bosa | 23. Cerros de Terreros |
| 8. Pantano del Salitre | 16. Camino de Soacha y Fusagasugá | |

Aún hoy en día, con un sistema de drenaje por zanjas, y con extensas plantaciones de eucaliptus para absorber la humedad de la tierra, la Sabana es inundada parcialmente durante la estación lluviosa y por consiguiente se hace impropia para la

agricultura. Que esto debía ser cierto aun en mayor escala en los tiempos más antiguos, es de por sí evidente, y puede concluirse, que la mayoría de las tierras bajas debieron ser inhabitables para los chibchas. (Haury y Cubillos, 1953, p. 83)

Aún en la década de 1980, Lleras y Langebaek daban poco crédito a la idea de que los muiscas, con el fin de llevar a cabo sus actividades agrícolas, hubiesen transformado su territorio mediante sistemas de manejo del agua, y concluyeron que la agricultura debió practicarse allí donde el terreno era propicio, sin necesidad de obras de infraestructura para transformarlo (Lleras y Langebaek, 1987, p. 264).

De esta manera, para inicios de la segunda mitad del siglo xx, la memoria sobre la existencia de un sistema de manejo de agua que había cubierto el territorio de la Sabana de Bogotá desde Soacha hasta Chía se había refundido en la memoria de buena parte de los habitantes de la planicie, mientras sus huellas en el terreno iban desapareciendo de forma acelerada tras más de cuatrocientos años de transformación de ese territorio y de la introducción reciente de maquinaria pesada para ayudar en las actividades agrícolas. Pero gracias a las fotografías aéreas de la Sabana de Bogotá tomadas por el IGAC a partir de la década de 1930 se hizo posible rescatar del olvido la existencia de ese antiguo sistema hidráulico de campos elevados de cultivo.

En esas fotografías aéreas es posible observar un extraño patrón geométrico en ciertas áreas de la planicie, especialmente en los valles de inundación del río Bogotá y de algunos de sus afluentes, en los bordes de varios humedales y en la planicie comprendida entre Guaymaral y el río Juan Amarillo. No teniendo en ese momento noticia alguna sobre el origen de esos rasgos, Haury y Cubillos, por ejemplo, dijeron que se debía tratar de canales modernos para drenar los excesos de agua de la Sabana (1953, p. 83). Fue la investigadora Sylvia Broadbent quien en 1968 propuso la posibilidad de que se tratara de vestigios de sistemas de manejo de agua y de agricultura de origen prehispánico (Broadbent, 1968, pp. 135-154).

Broadbent realizó algunas excavaciones en el sector de Guaymaral y pudo identificar los perfiles de las antiguas terrazas de cultivo.

De esta manera, aunque la arqueóloga aún no admitía la posibilidad de que toda la Sabana de Bogotá hubiese sido cultivada mediante este sistema de manejo de agua, demostró que tal sistema había existido en ese lugar, entre el río Juan Amarillo y Guaymaral. Trabajos posteriores, como el de Fernando Bernal (1990), Ana María Boada (2001, 2006) y Lorena Rodríguez Gallo (2010, 2015) confirmarían que la totalidad de la Sabana de Bogotá estaba cubierta por este sistema de canales y campos elevados de cultivo.

La crítica situación del agua en el presente

Sin embargo, estos descubrimientos de la segunda mitad del siglo XX fueron acompañados, paradójicamente, por un acelerado crecimiento de la ciudad de Bogotá, y en los últimos años, de sus municipios aledaños, lo que ha dado como resultado la destrucción de la mayor parte de los vestigios del antiguo sistema hidráulico que aún eran visibles cuando se tomaron las fotografías aéreas. Además, la política en materia del manejo del recurso hídrico tuvo como principio rector entender el agua como un elemento incómodo que debía ser absolutamente controlado para garantizar que su presencia solo se diera al abrir el grifo, en canales para la irrigación de los campos o en cauces de ríos entubados o estrictamente delimitados por potentes jarillones que evitaran a toda costa desbordamientos e inundaciones, pero que al tiempo funcionarían como sistema de alcantarillado para movilizar los desechos domésticos de los habitantes.¹⁸

18 Esta situación no solo se dio en el caso de la Sabana de Bogotá, sino en el territorio nacional. Un ejemplo de esa comprensión gubernamental del agua como un elemento incómodo que debía eliminarse o minimizarse fue el Decreto 40 de 1905, en el que se daban directrices para avanzar con la desecación de ciénagas, lagos y pantanos en el país, pero que fue declarado inconstitucional en 1907.

De esta manera se comenzó a afectar de forma crónica toda la estructura ecológica de la Sabana de Bogotá, al no desarrollarse una política clara de manejo del agua. Desde nuestra perspectiva, las principales afectaciones en cuanto al recurso hídrico se centraron en el manejo equivocado del río Bogotá y de sus afluentes, de los nacimientos de agua, de las lagunas y los humedales, así como de los acuíferos subterráneos.

En el primer caso, sabemos que aun cuando la pesca en los ríos de la Sabana era abundante en el período prehispánico, y aun hasta la primera mitad del siglo XX, cuando se encontraban especies endémicas como la guapucha y el pez Capitán, hoy en día el río Bogotá y sus afluentes no tienen la salud necesaria para albergarlos, debido a su alta contaminación, que comienza en la cuenca alta, pues todos los desechos domésticos de Villapinzón van directamente al río, así como los residuos de las actividades de curtiembres y de los agroquímicos. Una vez ingresa a la Sabana de Bogotá, continúa recogiendo los residuos domésticos de los municipios aledaños y de Bogotá, así como los residuos de la actividad agrícola. En este sentido, se han estado haciendo esfuerzos importantes con la puesta en funcionamiento de la planta de tratamiento (PTAR) del Salitre, ubicada en el occidente de Bogotá, y con el proyecto de construcción de la PTAR Canoas, en Soacha, que se espera comience a funcionar en 2026, con lo que se espera descontaminar el 70% de las aguas residuales de Bogotá y el 100% de las de Soacha,¹⁹ lo cual permite vislumbrar la esperanza de tener nuevamente un río saludable y restaurado ecológicamente en los próximos años.

En el segundo caso, la deforestación, la urbanización y la disminución de la recarga de los acuíferos en los cerros orientales han contribuido a disminuir los caudales de los nacimientos de agua o a secarlos completamente, afectando de este modo el caudal de los propios afluentes del río Bogotá. En el tercer caso, la urgente necesidad de aumentar la frontera urbana en una ciudad siempre en crecimiento por la migración, ha generado una gran presión sobre los cuerpos de agua aún existentes en

19 Véase <http://gruporiobogota.com/megaobras-descontaminar-el-rio-bogota/>

Canoa de
pescador en
la laguna de
Fúquene.
Fotografía:
Juliana Steiner,
noviembre de
2021.





la planicie; así, fueron desapareciendo lugares como el parque Lago Gaitán, localizado en el actual sector de El lago, en el nororiente de Bogotá, y los humedales restantes han reducido drásticamente su tamaño en favor de construcciones —legales e ilegales—, y han sufrido graves deterioros de su medio ecológico debido a acciones como el vertimiento de material de construcción o de basuras, la delimitación de su espacio mediante la construcción de muros de cemento y la presencia de luz artificial, que además afecta los ritmos de vida de la fauna que los habita.

Hace más de treinta años se viene alertando sobre el preocupante descenso de los niveles de las aguas subterráneas de la Sabana de Bogotá, conocidos como *acuíferos*. Estas reservas de agua son el producto de la filtración lenta y continua del agua lluvia a lo largo de los siglos y milenios,²⁰ proceso conocido como *recarga de acuíferos*. Pero en las últimas décadas, el crecimiento desmedido de la población de la Sabana de Bogotá, que hoy cuenta con aproximadamente 10 millones de habitantes, ha facilitado la explotación descontrolada y excesiva de esos acuíferos mediante la construcción de pozos legales e ilegales. Varios de los municipios de la Sabana reciben su servicio doméstico de agua de esos acuíferos, así como son utilizados para las actividades agrícolas e industriales. Es claro que el ritmo de consumo del agua subterránea excede el ritmo de la recarga, y aunque la CAR ha hecho esfuerzos por controlar el problema,²¹ lo cierto es que los acuíferos se siguen agotando.

20 Van der Hammen calculó en 1998 que de los 3040 mm³ de aguas lluvia que en promedio caen anualmente sobre la Sabana, solo 100 mm³ se filtran, y así llevan a cabo la acción de recargar los acuíferos.

21 Por ejemplo, en 1989 aumentó la distancia mínima entre un pozo y otro, de 300 m a 500 m; en 2005 promulgó el Acuerdo 31, mediante el cual declaró zonas críticas para el recurso hídrico subterráneo los municipios de Tenjo, El Rosal, Madrid, Funza, Facatativá, Mosquera, Soacha y parte de los municipios de Cota, Tabio, Subachoque y Sibate, y prohibió la explotación del acuífero más superficial, el Cuaternario, que está a 50 m de profundidad, debido a su sobreexplotación.

Dada esta situación, es importante llamar la atención sobre la necesidad de comprender el recurso hídrico de la Sabana de Bogotá como una red de conexiones entre los diversos medios ecológicos. Es decir, no podemos pensar en una política para recuperar el río Bogotá, e incluso sus afluentes, si no incluimos en la respuesta los otros tres factores: humedales y lagunas, nacimientos de agua y acuíferos, ya que todos se encuentran interconectados: si los nacimientos de agua se secan, el caudal de los ríos descenderá; si los acuíferos siguen disminuyendo sus niveles, va a ser cada vez más difícil que el agua emerja a la superficie para alimentar las lagunas y los humedales de la Sabana; asimismo, si eliminamos los valles de inundación de los ríos y los amurallamos con jarillones, o los entubamos, se les quitará parte de su propio espacio vital, pero también se impedirá que con sus inundaciones alimenten los humedales y lagunas, pues estos dependen también de las aguas suministradas por los ríos aledaños para mantener sus espejos de agua. Es el caso, por ejemplo, del humedal La Isla, en Bosa, que pertenece a la cuenca del río Tunjuelito, pero del cual se encuentra completamente aislado por altos jarillones, y el nivel freático no es lo suficientemente alto para alimentarlo, lo que hace que en este momento no tenga un espejo de agua y se esté secando progresivamente.

Adicionalmente, para que la fauna que habita el medio ecológico de la Sabana de Bogotá pueda seguir subsistiendo, es necesario eliminar la idea de “islas” ecológicas, pues estas no tienen viabilidad; es necesario que los diferentes ambientes (ríos, humedales y cerros) se mantengan conectados mediante corredores ecológicos (por ello la importancia de la Reserva Thomas van der Hammen, como antes se mencionó) para que la fauna tenga un mayor espacio vital, pueda transitar entre los diferentes ambientes y, por lo tanto, tenga acceso a una mayor diversidad de recursos.

Actualmente se trabaja en la descontaminación del río Bogotá con la puesta en funcionamiento de la PTAR Salitre y con el proyecto de la PTAR de Canoas, pero la presión sobre los acuíferos subterráneos continúa a medida que el crecimiento urbano de los municipios de la Sabana aumenta día a día. También se ha ampliado el número de humedales reconocidos por el POT 2022-2035, que en su artículo 55 reconoce

diecisiete reservas distritales de humedal, pero estos siguen estando amenazados por el vertimiento de basuras y escombros, por las construcciones ilegales y por la reducción de sus espejos de agua.

No hay duda de que, además de las políticas públicas que se puedan establecer en este sentido, es indispensable el compromiso de los habitantes de Bogotá y de la Sabana en el sentido de asumir un comportamiento responsable con el medio ambiente, un proceso, por ejemplo, de apropiación de los humedales por los vecinos que viven en sus inmediaciones, para evitar que sigan siendo utilizados como botaderos o fronteras urbanizables,²² para eliminar el uso de pozos ilegales y tener un consumo responsable del recurso hídrico.

Volviendo la vista atrás, a nuestro pasado prehispánico, podemos evidenciar que es posible habitar la Sabana y convivir con el agua, sacando provecho de sus ventajas. Pero para que ello sea posible es necesario comprender que todos los espacios en que ella se manifiesta (ríos, humedales, nacimientos de agua y acuíferos) están íntimamente interconectados y dependen unos de otros, así como están interconectados con la fauna y la flora y los grupos humanos que habitan la planicie. El sistema hidráulico prehispánico de campos elevados de cultivo permitió, a lo largo de varios siglos, que los grupos humanos de la Sabana de Bogotá habitaran la propia planicie inundable, cultivaran esos suelos igualmente inundables, se dedicaran a la caza, a la pesca y la explotación de materias primas, y se movilizaran por el territorio sin que fuera necesario prescindir o eliminar el recurso hídrico. Nuestras respuestas actualmente tendrán que ser diferentes, pero deberán ir en el mismo sentido: comprender la estructura ecológica de la Sabana y a sus habitantes como partes integrantes de una red de interconexiones en la que unos dependemos de los otros.

22 En este sentido ya ha habido iniciativas ciudadanas muy importantes para ayudar a recuperar humedales como el de La Vaca, El Burro y el de La Conejera, pero hay que redoblar esfuerzos.

Referencias

- Aguado, P. (fray). (1957) [1582]. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Empresa Nacional de Publicaciones.
- Ardila, G. (1984). *Chía: Un sitio precerámico en la Sabana de Bogotá*. Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
- Bernal, F. (1990). Investigaciones arqueológicas en el antiguo cacicazgo de Bogotá (Funza-Cundinamarca). *Boletín de Arqueología*, 5(3), 31-46.
- Boada, A. M. (2001). *Excavaciones en sistemas de camellones y canales en la Sabana de Bogotá*. Informe de actividades de campo (inédito). ICANH-Fundación Erigaie.
- Boada, A. M. (2006). *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva en Cota y Suba, Sabana de Bogotá (Colombia)*. Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
- Boada, A. M. (2018). Control sobre tierras, sistemas de camellones, canales y mano de obra durante el periodo prehispánico en la Sabana de Bogotá, Colombia. *Latin American Antiquity*, 29(4), 660-680.
- Broadbent, S. (1968). A prehistoric field system in Chibcha territory, Colombia. *Ñawpa Pacha. Journal of Andean Archaeology* (6), 135-147. <https://doi.org/10.1179/naw.1968.6.1.007>
- Caillavet, C. (1989). Las técnicas agrarias autóctonas y la remodelación colonial del paisaje en los Andes septentrionales (siglo XVI). En J. Peset (ed.), *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica: Relaciones científicas y culturales entre España y América* (vol. 3, pp. 109-126). CSIC.
- Camacho Roldán, S. (1923) [1894]. *Memorias*. Editorial Bedout.
- Cárdenas Arroyo, F. (2002). *Datos sobre la alimentación prehispánica en la Sabana de Bogotá, Colombia*. ICANH.
- Castellanos, J. de. (1997) [1600]. *Elegía de varones ilustres*. Gerardo Rivas Editor.
- Correal, G. (1990). *Aguazuque: Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la cordillera Oriental*. Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.

- Correal, G. y Pinto, M. (1983). *Investigaciones arqueológicas en el municipio de Zipacón, Cundinamarca*. Fondo de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.
- Correal, G. y Van der Hammen, T. (1977). *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama: 12000 años de historia del hombre y de su medio ambiente en la altiplanicie de Bogotá*. Banco Popular.
- González, M. (1970). *El resguardo en el Nuevo Reino de Granada*. Universidad Nacional de Colombia.
- Haurly, E. y Cubillos, J. (1953). Investigaciones arqueológicas en la Sabana de Bogotá, Colombia: Cultura chibcha. *Social Science Bulletin*, 24(2), 5-104. <https://doi.org/10.2307/276187>
- Hettner, A. (1976). *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*. Banco de la República.
- Lleras, R. y Langebaek, C. (1987). Producción agrícola y desarrollo sociopolítico entre los chibchas de la cordillera Oriental y serranía de Mérida. En R. Drennan y C. Uribe (eds.), *Chiefdoms in the Americas* (pp. 251-269). University Press of America.
- Mejía Cano, M. (2018). *Uso de recursos vegetales en grupos de cazadores-recolectores (Ca. 9000-3000 a. p.), del norte de la Sabana de Bogotá: Análisis arqueobotánico de fitolitos y almidones en artefactos líticos y cálculo dental* [tesis de maestría]. Universidad de los Andes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/43938>
- Pardo Umaña, C. (1946). *Haciendas de la Sabana*. Editorial Kelly.
- Parra, R. (1998). *Identificación de fitolitos en el cálculo dental de individuos prehispánicos de Tunjuelito y Soacha* [tesis de grado]. Universidad Nacional de Colombia.
- Peña, G. (1988). Contribución al estudio de los periodos cerámicos en el altiplano cundiboyacense y su vertiente suroccidental. *Boletín de Arqueología*, 3(3), 32-56.
- Rodríguez Cuenca, J. y Cifuentes, A. (2005). Un yacimiento formativo ritual en el entorno de la antigua laguna de La Herrera, Madrid, Cundinamarca. *Maguaré* (19), 101-131.
- Rodríguez Gallo, L. (2010). *Construcción del paisaje agrícola prehispánico al sur de la Sabana de Bogotá: Un desafío al agua. Sistemas de*

- camellones prehispánicos en los valles del río Tunjuelito y Bogotá* [tesis de maestría]. Universidade de Trás-os-Montes e Alto Douro, Portugal. https://www.ipt.pt/teses.digitais/diana.gallo/tese_lorenarodriguezgallo.pdf
- Rodríguez Gallo, L. (2015). *Água e paisagem agrícola entre os grupos pré-hispânicos da Sabana de Bogotá-Colômbia* [tesis de doctorado]. MAE, Universidade de São Paulo. <https://www.teses.usp.br/teses/disponiveis/71/71131/tde-06082015-144204/pt-br.php>
- Rodríguez Gallo, L. (2019). La construcción del paisaje agrícola prehispánico en los Andes colombianos: El caso de la Sabana de Bogotá. *Spal*, 28(1), 193-215.
- Rodríguez Gallo, L. (2021). Permanencias y transformaciones: El territorio muisca en la Sabana de Bogotá en la segunda mitad del siglo XVI *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 48(2), 363-398.
- Rojas Orozco, R. (2000). *Humedales en la Sabana de Bogotá: Una mirada histórica durante los siglos XV a XIX*. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Simón, P. (1981) [1625]. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (vol. 4). Banco Popular.
- Stuart, C. (1994). *Viajes por Colombia, 1823-1824*. Banco de la República.
- Tovar, H. (1988). *No hay caciques ni señores*. Sendai.
- Van der Hammen, T. (1998). *Plan ambiental de la cuenca alta del río Bogotá: Análisis y orientaciones para el ordenamiento territorial*. CAR.
- Van der Hammen, T. (2003). Los humedales de la Sabana: Origen, evolución, degradación y restauración. *Los humedales de Bogotá y la Sabana* (pp. 19-48). Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá.
- Velandia, R. (1979). *Enciclopedia histórica de Cundinamarca* (t. 1). Biblioteca de Autores Cundinamarqueses.

Archivos

Archivo General de Indias (AGI), Sevilla, España

Sección Escribanía de Cámara de Justicia

Sección Justicia

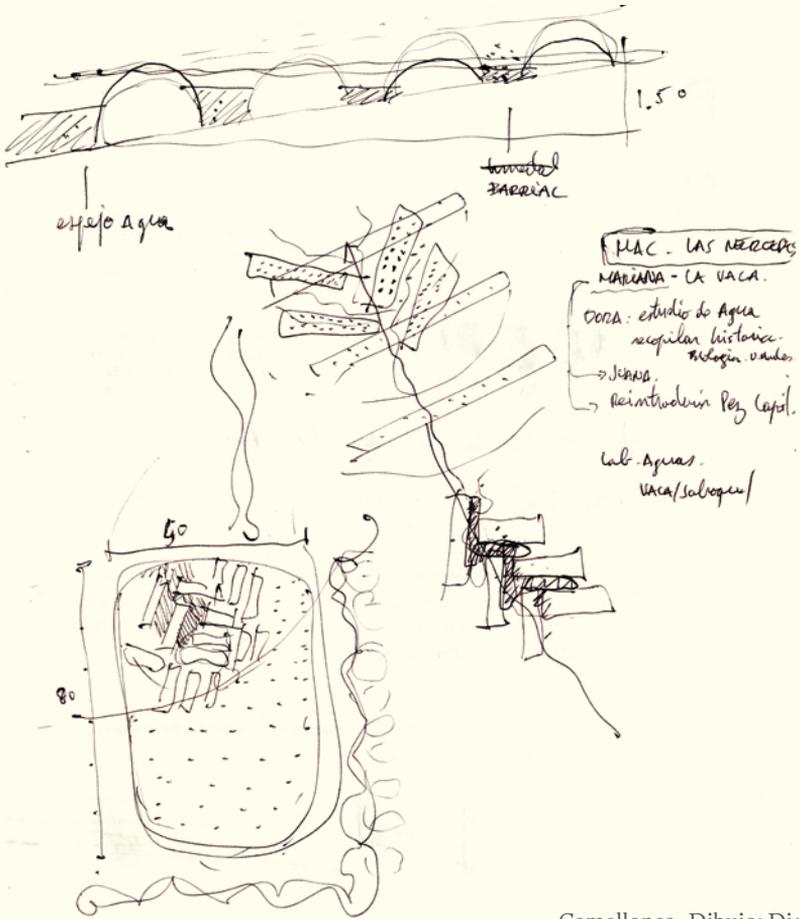
Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Colombia

Sección Colonia

Sección Mapas y planos

¿Cómo levantar un camellón?

Diego Bermúdez



Camellones. Dibujo: Diego Bermúdez.

En 2017, cuando dictaba un curso de Arquitectura del Paisaje en la Universidad de los Andes, tomamos los camellones de la Sabana de Bogotá como tema de estudio para entender una faceta de las inundaciones de la Sabana. Durante ese y los siguientes talleres, algunos estudiantes revisaron los textos de Ana María Boada y Lorena Rodríguez Gallo, las aerofotografías de Bogotá tomadas en los años cincuenta que muestran estos camellones, los documentos que se han escrito sobre otros sistemas agroecológicos en América Latina, como los *waru waru* o las *chinampas*, y caímos en cuenta de que estos documentos generalmente no muestran el sistema desde la mirada del arquitecto.

Como cultura, decidimos contarnos una historia de tierra, no de agua.

Con mis estudiantes, arquitectos y paisajistas, que sumaron más de doscientos entre 2015 y 2020, y con mis colegas profesores, estudiamos esta Sabana y aprendimos, poco a poco, que toda Bogotá era una ciudad de agua. Los pobladores de esta región vivían de comer pescado, y probablemente navegaban para atravesar las grandes áreas anegadas. Con estos grupos de estudiantes redibujamos estas zonas de agua en un paisaje que lleva varios siglos evolucionando de muy húmedo a seco. Dibujamos grandes zonas inundadas de la Sabana, soñamos con retirar los jarillones que bordean el río Bogotá, soñamos con los alisales de la planicie inundable.

Como cultura, decidimos contarnos una historia de tierra, no de agua. Según la leyenda, Bochica, el dios que enseñó a los muiscas a habitar estas áreas inundadas, abrió el Salto para drenar la Sabana. Por esta acción, parecería que Bochica también despreciaba el agua y quería que se fuera. Y supuestamente él enseñó a la población a sembrar maíz, pero no les enseñó a criar peces. Esta historia, desafortunadamente, ha

DIEGO BERMÚDEZ

excluido sistemáticamente la biodiversidad anfibia de la región y nos deja con una versión parcial, contada desde unos ojos colonizadores, según la cual convivir con toda esta agua es hoy todavía impensable.

Lago La Florida,
Bogotá. Fotografía:
Diego Bermúdez.

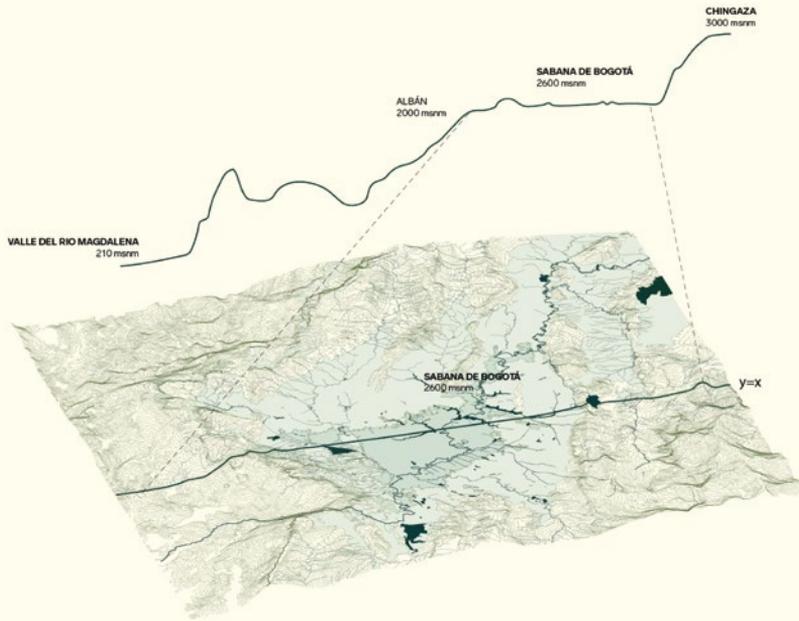


Humedal
Gualí, Funza,
Cundinamarca.
Fotografía:
Diego Bermúdez.



Agricultura en Mosquera, Cundinamarca.
Fotografía: Diego Bermúdez.





Lago de Humboldt.
Elaboración:
Diego Bermúdez.

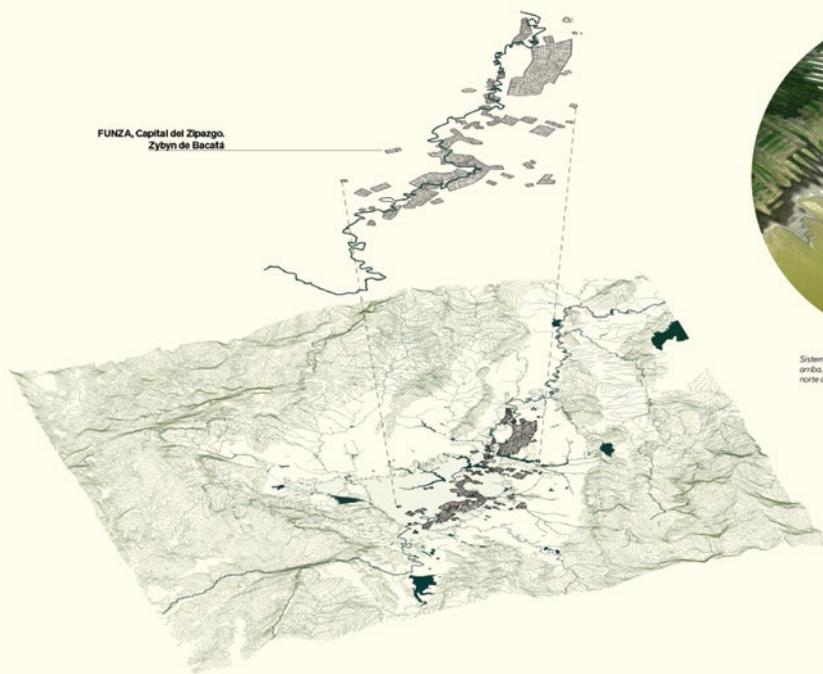
Una región de agua

Con financiación de la Landscape Architecture Foundation, desarrollé un proyecto de investigación que surgió de los múltiples talleres de Arquitectura del Paisaje que dicté en la Universidad de los Andes. Esta investigación nació con el fin de entender el futuro de la región de Bogotá, y de mediar en el conflicto entre biodiversidad y crecimiento urbano. Aunque el foco de los trabajos fue siempre la urbanización en esta región, basado en la necesidad de proveer espacio para los más de dos millones de habitantes que, se estima, llegarán a la sabana occidental, el trabajo está fundamentado en la necesidad de reconocer la historia del agua en la región.

Hace unos 30000 años, la Sabana de Bogotá era un enorme lago, el Lago de Humboldt. Con el tiempo, este lago se sedimentó, surgieron islas, algunas zonas se transformaron en humedales, y el Salto del Tequendama se amplió, cediendo ante la presión de tanta agua, para permitir que esta bajara hacia el valle del río Magdalena, lo que hizo disminuir el tamaño del lago.



Salto del Tequendama, Cundinamarca. Fotografía: Diego Bermúdez.



Sistemas similares fueron descubiertos en otras zonas del país, entre una foto de camellones de la cultura Zenu ubicada en el norte del país, cerca a la costa Caribe.

Ocupación muisca
del territorio.
Elaboración:
Diego Bermúdez.

¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?



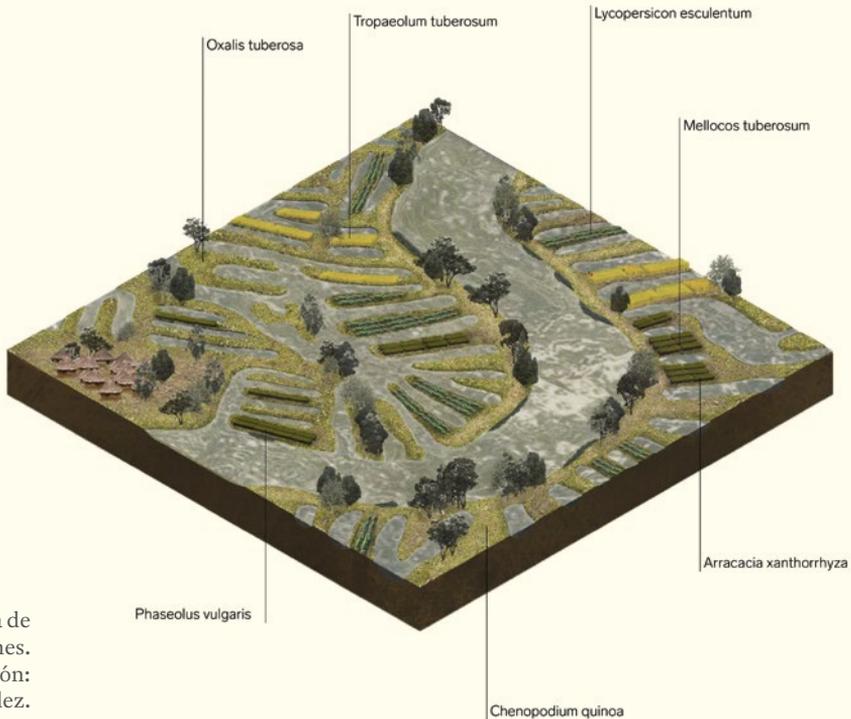
Aerofotografía del río Bogotá. Archivo IGAC.



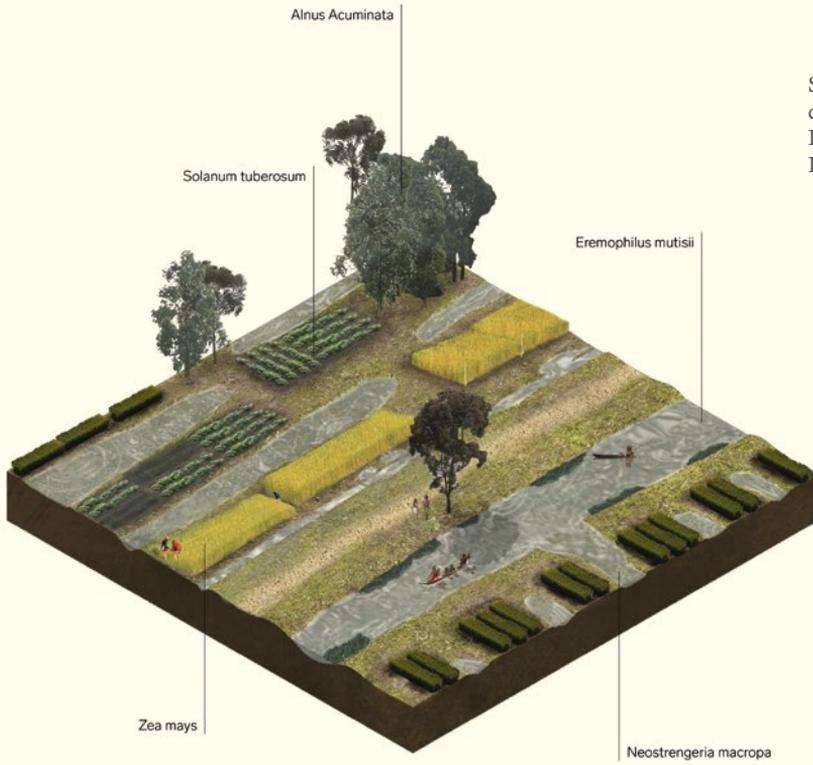
“Hilos dorados”. Fotografía aérea del río Bogotá intervenida con serigrafía.
Elaboración: Diego Bermúdez.

¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?

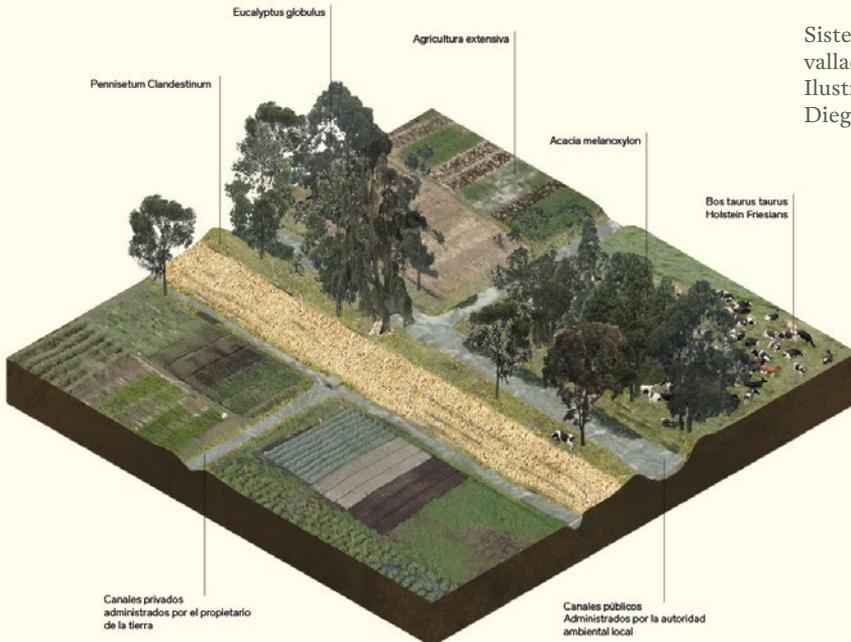
Sobre estos restos del lago aparecieron comunidades humanas que habitaron el territorio y comían pescado, maíz, papa, curí, pato y probablemente muchos otros alimentos bogotanos de agua y de tierra. Además, estas personas se desplazaban por el territorio a pie y en balsas, y así lograron ocupar aproximadamente 100000 hectáreas entre Cota y Soacha. Las trazas que quedaron, y aún son visibles en algunos lugares, señalan principalmente la presencia de grandes extensiones de una infraestructura construida durante más de veinte siglos, que permitió un desarrollo agrícola y de piscicultura, llamado hoy *camellones*. Estos fueron construidos con el fin de garantizar zonas de tierra más altas, donde las raíces de las plantas no se ahogaran, y zanjas y zanjones donde se propiciaba el cultivo de peces capitán, capitancito, guapucha y otros. Con el tiempo, grandes zonas inundadas se transformaron en zonas cultivables, lo que les permitió a las comunidades prosperar.



Sistema de camellones.
Ilustración:
Diego Bermúdez.



Sistema de camellones.
Ilustración:
Diego Bermúdez.



Sistema de vallados.
Ilustración:
Diego Bermúdez.

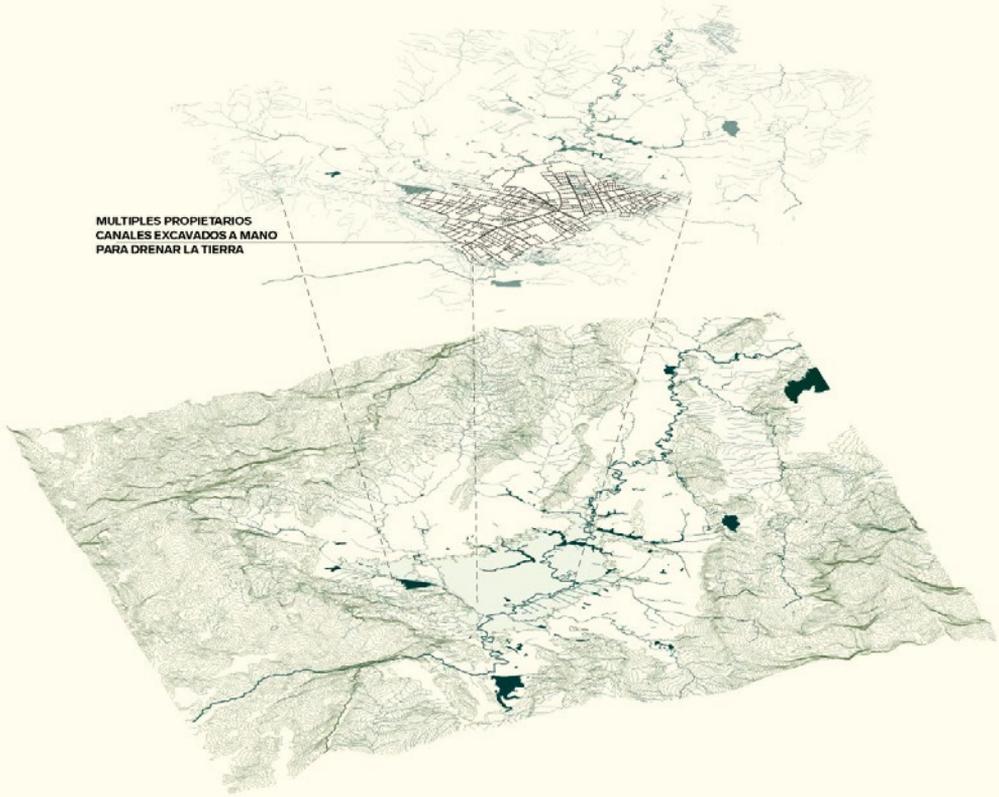


Vallado en
Mosquera,
Cundinamarca.
Fotografía:
Daniel Bermúdez.



Con la ocupación española, este sistema de producción de comida de tenencia comunitaria de la tierra, y las ecologías locales asociadas, fueron abandonados y poco a poco fueron desapareciendo, siendo reemplazadas por una visión europeizada del territorio. Sin embargo, los canales, las zanjas y algunos de los camellones sobrevivieron al paso del tiempo y del arado de bueyes, y se transformaron en sistemas de drenaje de los potreros donde, en tiempos republicanos, los campesinos mantenían su ganado y sembraban su alimento. A medida que la población creció y los terrenos se subdividieron, se consolidó un sistema que hoy conocemos como *de vallados*, que crea una enorme retícula de agua en la Sabana de Bogotá.

Canal Sabanilla,
Cundinamarca.
Fotografía: Loris
Vendrami.

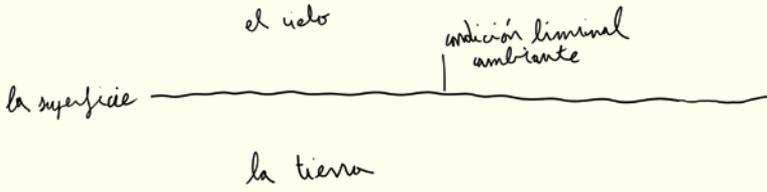
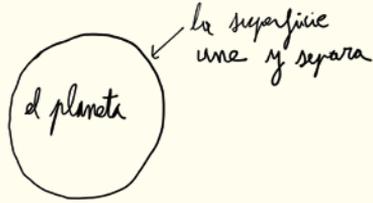


Retícula de
vallados.
Axonometría:
Diego
Bermúdez.

Esta retícula está trazada sobre las líneas de drenaje más importantes, y recuerda el principio de zanjas y camellones. La escala es diferente, pero el funcionamiento es similar.

El sistema hidráulico y de manejo ambiental de La Ramada, que cubre y drena cerca de 20000 hectáreas en los municipios de Madrid, Funza, Mosquera y Bojacá, es una infraestructura que distribuye el agua para garantizar la disponibilidad del recurso en todas las fincas de la región, al tiempo que es capaz de asumir los excesos de agua que amenazan inundar las zonas del sur de la Sabana. Muchas de estas zonas hoy están siendo urbanizadas sin control, lo que poco a poco borra el legado milenario del manejo de agua. Con algo de cuidado, esta enorme retícula de agua podría servir como estructura reguladora de las nuevas urbanizaciones en Cota, Chía, Funza, Madrid, Mosquera, Bojacá y Soacha.

el espacio



←“La superficie”.
Dibujo:
Diego Bermúdez.

↓ Humedal
La Conejera,
Bogotá.
Fotografía aérea:
Diego Bermúdez.





“La superficie”.
Fotografía:
Diego Bermúdez.

La superficie

Es una laguna, es un río, es un cultivo, es un bosque... Lo es todo. La Sabana de Bogotá tiene las características de estos ecosistemas: laguna, río, bosque —y es comestible—. Para llegar a esto hubo que trabajar la superficie durante más de veinte siglos. Esta superficie que nos sostiene y nos soporta generalmente es entendida como una línea delgada entre el cielo y la tierra, es la línea que encierra el globo. Esta línea está llena de vida. Esta superficie, al ser modificada, ofrece mil opciones; al ser trabajada, da comida; al ser recorrida, da placer; con la lluvia, se inunda; con el sol, se seca. Esta superficie es dinámica, siempre cambiante, diversa, biodiversa.

Cuando rompemos el suelo, aparece el agua, que brota del nivel freático, incansable. La laguna que era Bogotá está bajo nuestros pies, debajo de la primera capa de tierra cubierta de kikuyo o *Pennisetum clandestinum*.

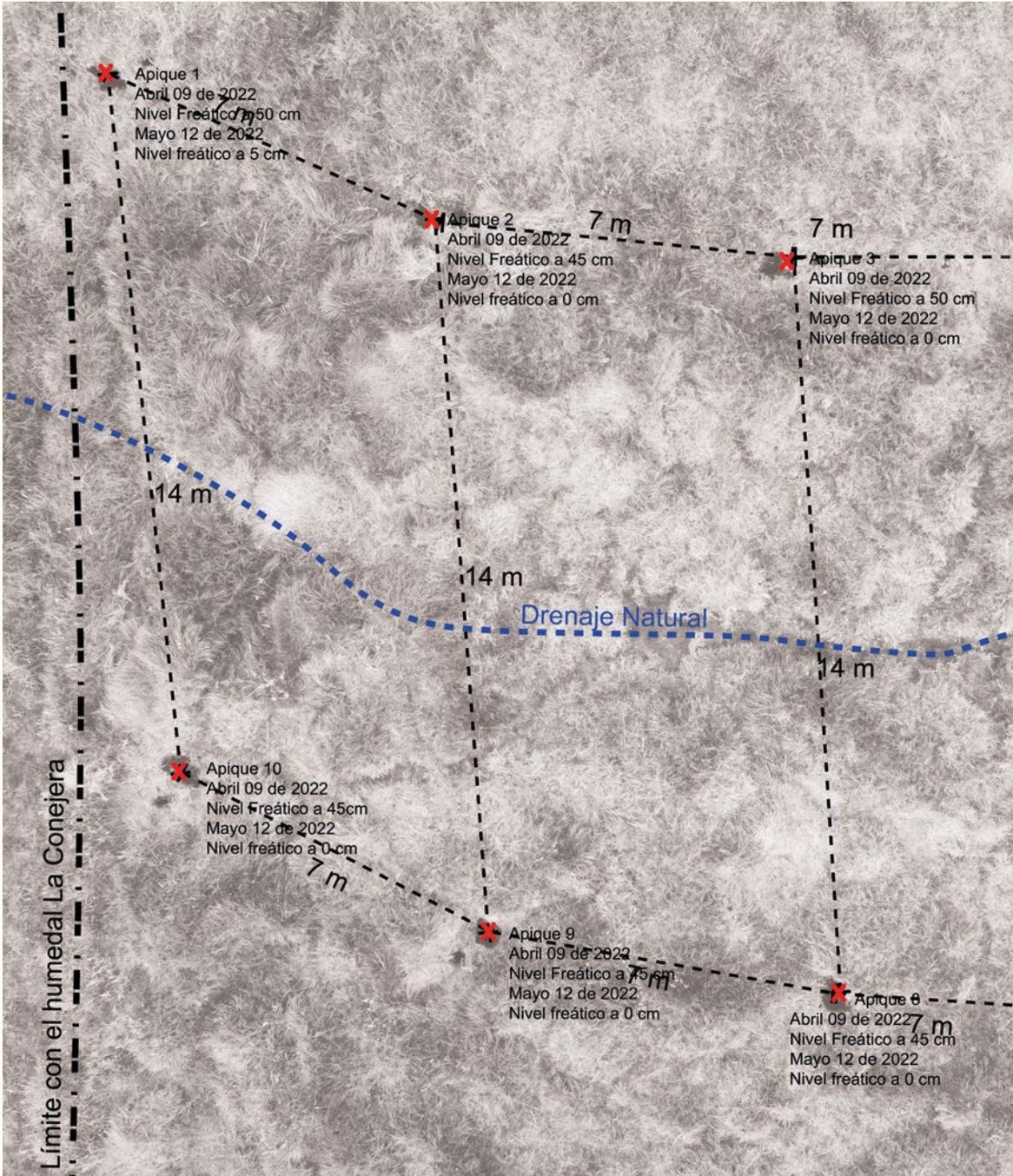


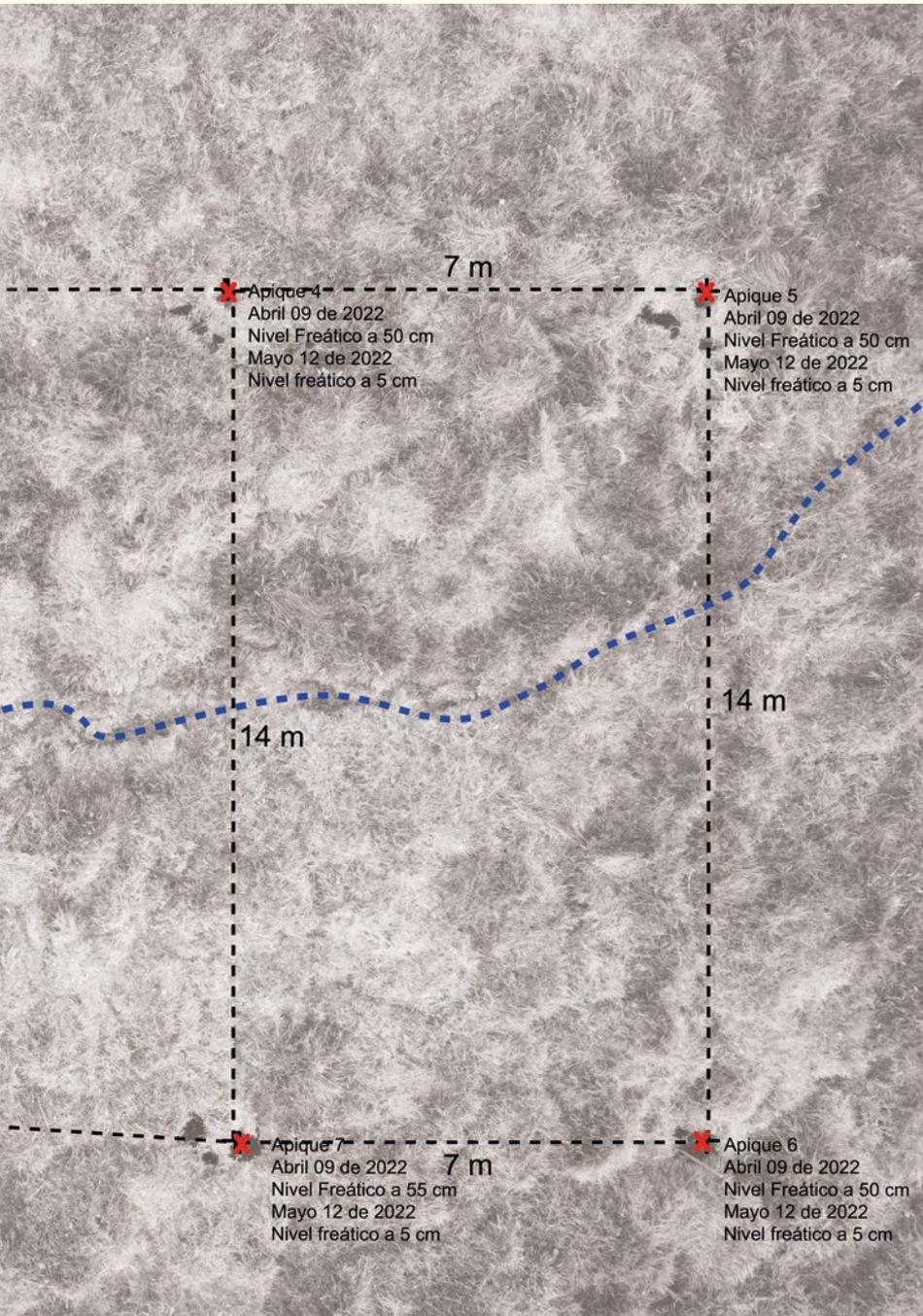
Apique. Las Mercedes, Reserva Thomas van der Hammen, Bogotá. Fotografía: María Buenaventura, 9 de abril de 2022.



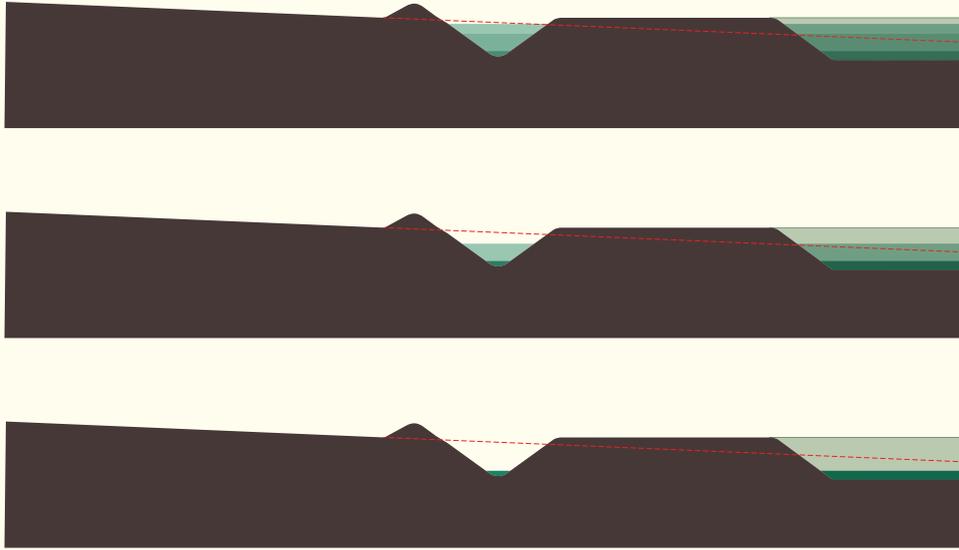
Medición y replanteo de apiques. Las Mercedes, Reserva Thomas van der Hammen, Bogotá. Fotografía: María Buenaventura, 9 de abril de 2022.

¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?





Plano de levantamiento de la retícula de apiques.
Elaboración:
Diego Bermúdez.



Así, con nuestras palas, podemos hacer un hueco, una zanja, una red de zanjas, y de allí sale agua. Se dibuja un sistema de camellones haciendo huecos en la superficie. En esos huecos, que reciben diversos nombres según su tamaño y caudal —chorrillo, zanja, zanjón, laguna, río—, se pueden criar peces, se puede navegar. Algunos se utilizan para evacuar el agua; otros, para conservarla y usarla. Y la tierra que sale de esos huecos, cargada de materia orgánica descompuesta, es una cama fértil, alejada del agua, ideal para la siembra de productos alimenticios. La capa de materia orgánica fértil, siempre puesta por encima del nivel freático, permite que las raíces del maíz y la papa no se ahoguen en esa laguna.

Esta superficie es la casa. Depende del cielo, de donde vienen la lluvia, el sol, el viento y las aves que traen semillas; y depende del suelo, adonde vamos a parar cuando morimos. En el suelo espera una combinación perfecta de materiales orgánicos e inorgánicos que permiten que esta superficie esté viva. Esta condición liminal de la superficie la hace mágica, la hace imprescindible, y nos invita a intervenirla. El pájaro deja sus deposiciones con semillas, que pueden germinar



NIVEL DE AGUA EN INUNDACIÓN



NIVEL FREÁTICO EN TEMPORADA DE LLUVIA



NIVEL FREÁTICO EN TEMPORADA DE VERANO

Niveles de agua en inundación, secciones.
Elaboración: Diego Bermúdez.

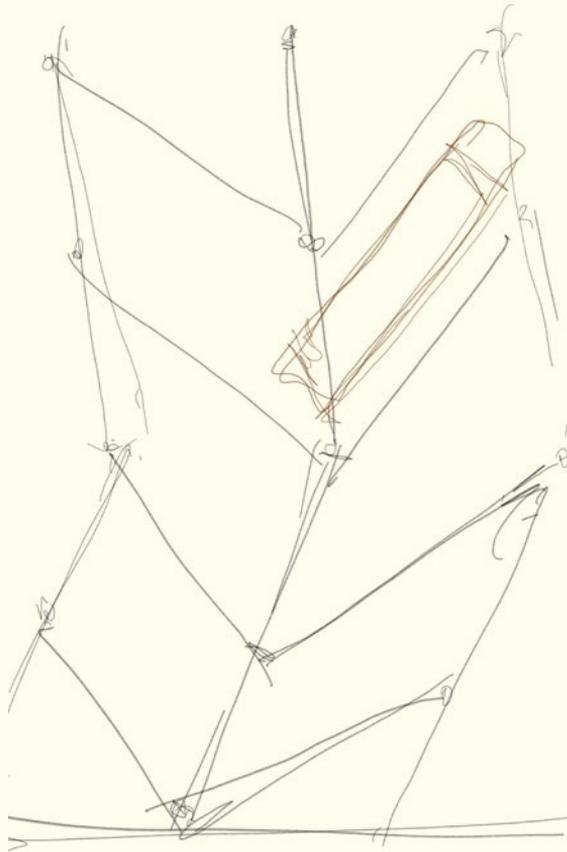
o esperar las lluvias, y así interviene la superficie. El curí excava su madriguera. El pez Capitán se esconde en el barro, bajo el agua. Nosotros hicimos camellones.

Los camellones

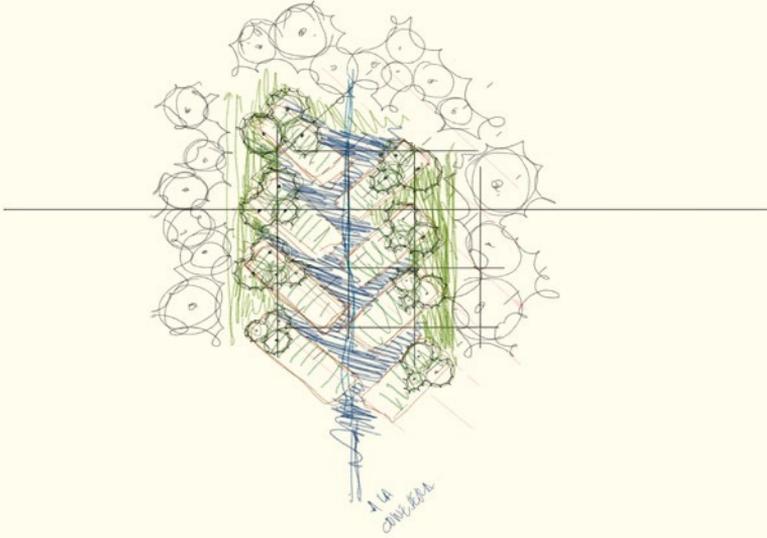
Con el colectivo Zanjas y Camellones hicimos inicialmente una retícula de apiques paralela a un chorrillo que existía en la hacienda Las Mercedes, en Suba. Este chorrillo es el drenaje por donde el agua de riego de cultivos aledaños baja hacia el humedal de La Conejera. Estos apiques, hechos cada siete metros, nos mostraron, en diferentes fechas, la altura del nivel freático. Durante el tiempo de estudio, el nivel pasó de 60 cm bajo la superficie y llegó al nivel de la superficie sin inundar, pero encharcando el lugar, bajo el kikuyo. Estos apiques fueron la guía para entender la profundidad de las zanjas que se construirían. Con ellos entendimos que aproximadamente a un metro bajo la superficie aparece una capa de arcilla de color marrón claro.

Proceso de diseño

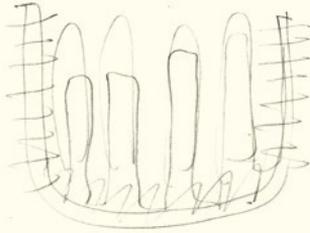
A partir de esa retícula de apiques hubo un largo proceso para entender cómo tenían que ser los camellones que planeábamos construir. Históricamente, hubo camellones en damero, lineales, perpendiculares, paralelos, y por falta de información, no sabemos exactamente cuáles eran las decisiones que impulsaban a construir un camellón en una dirección o en otra. Con aerofotografías, notamos que en esta zona había principalmente camellones en damero, y algunos lineales en el sentido de la pendiente. Por esta razón, hicimos ensayos, en dibujo, para entender mejor qué posibilidades teníamos.



Boceto 1. Dibujo:
Diego Bermúdez.

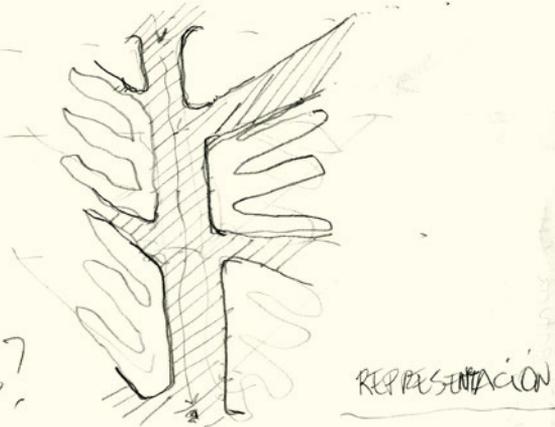


Boceto 2. Dibujo:
Diego Bermúdez.



- Patricia Velásquez
 - Nulvia Sanchez
Jardín Botánico
 - Uin IDFC.
 - o Secretaría de Habitatos
→ María Wiliana.
 - Braconent.
 - Carolina Boboiquez
- CULTIBO SQUE

Y ARBORES?
Señalética. Qui?

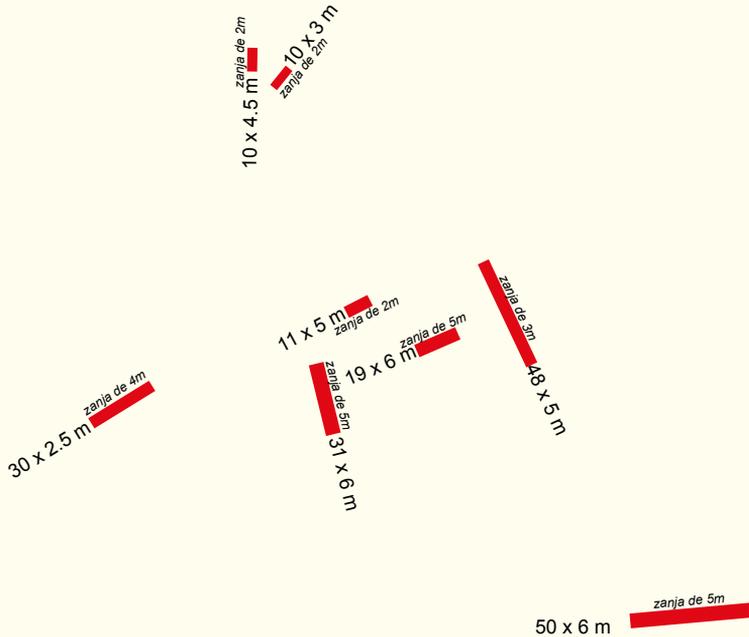


REPRESENTACIÓN

Boceto 3. Dibujo:
Diego Bermúdez.

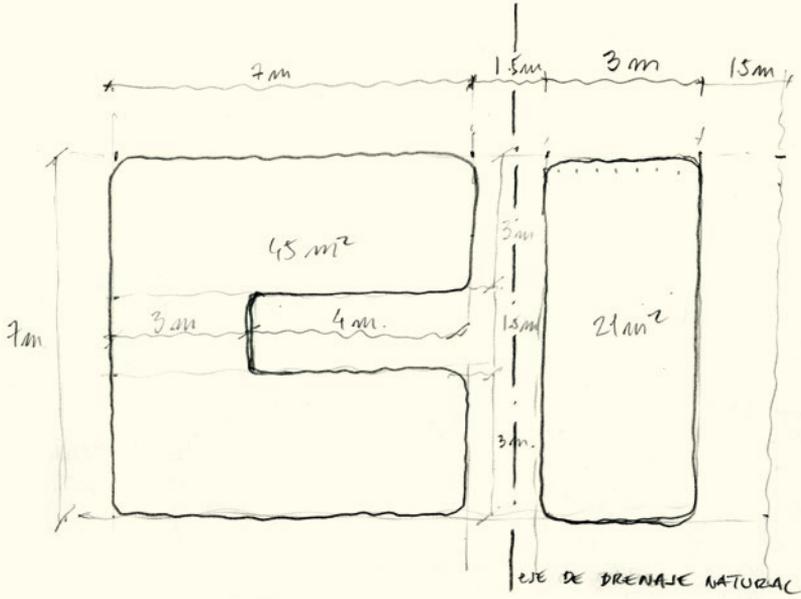
¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?

Humedales de Bogotá. Fotografía aérea IGAC, tomada de <https://humedalesbogota.com/2011/09/16/tibabuyes-tierra-de-labradores/>

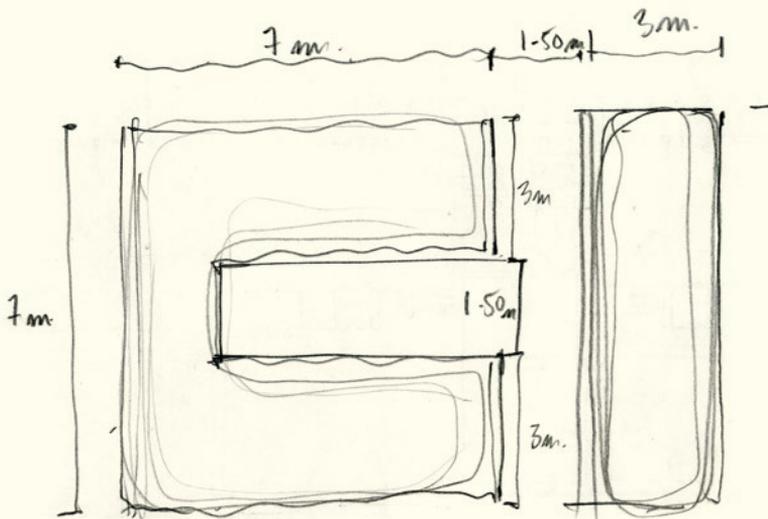


Interpretación de las dimensiones de los camellones.
Dibujo: Diego Bermúdez.

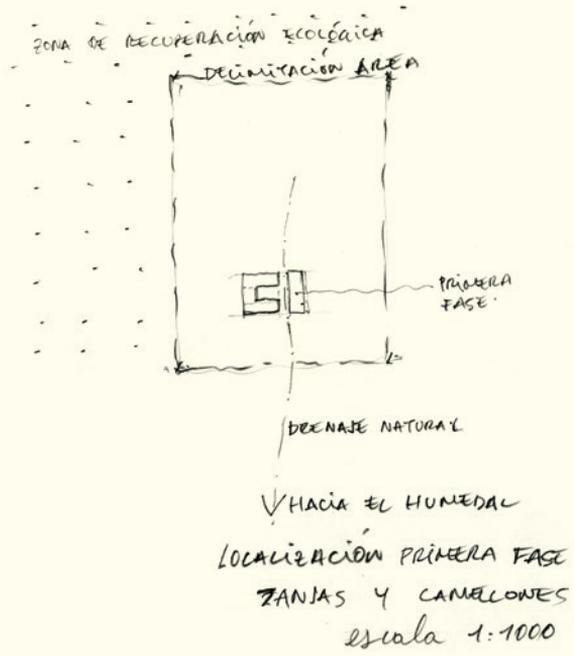
¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?



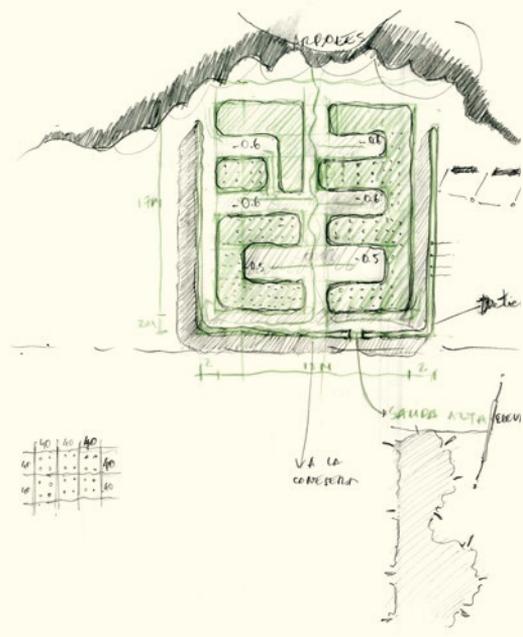
ZANJAS Y CAMELLONES — PRIMERA FASE
escala 1:100



Zanjas y
camellones,
primera fase.
Dibujo:
Diego Bermúdez.



Localización de la primera fase de zanjas y camellones. Dibujo: Diego Bermúdez.



Zanjas y camellones, diseño piloto. Dibujo: Diego Bermúdez.

¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?

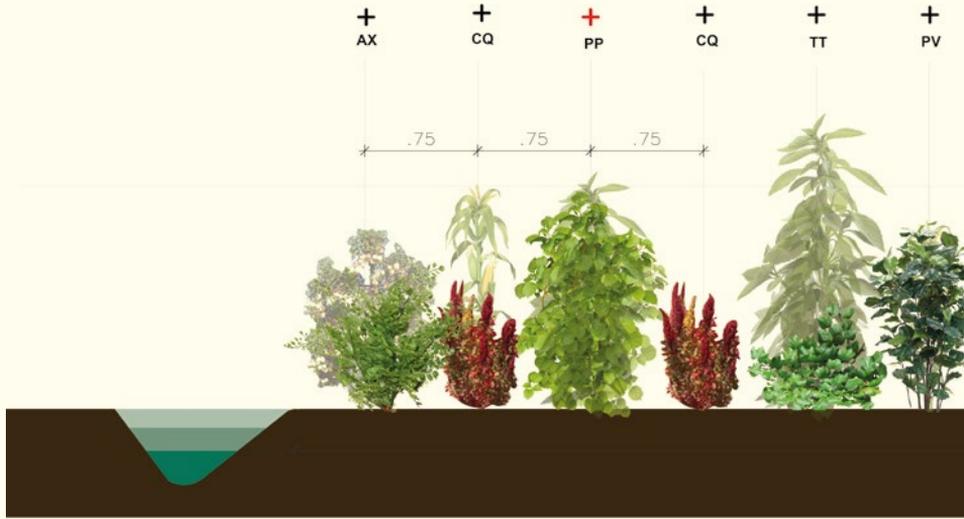


Ilustración
sección
longitudinal
de zanjas y
camellones.
Elaboración:
Diego Bermúdez.

ZANJA PERIMETRAL
Profundidad 70 cm

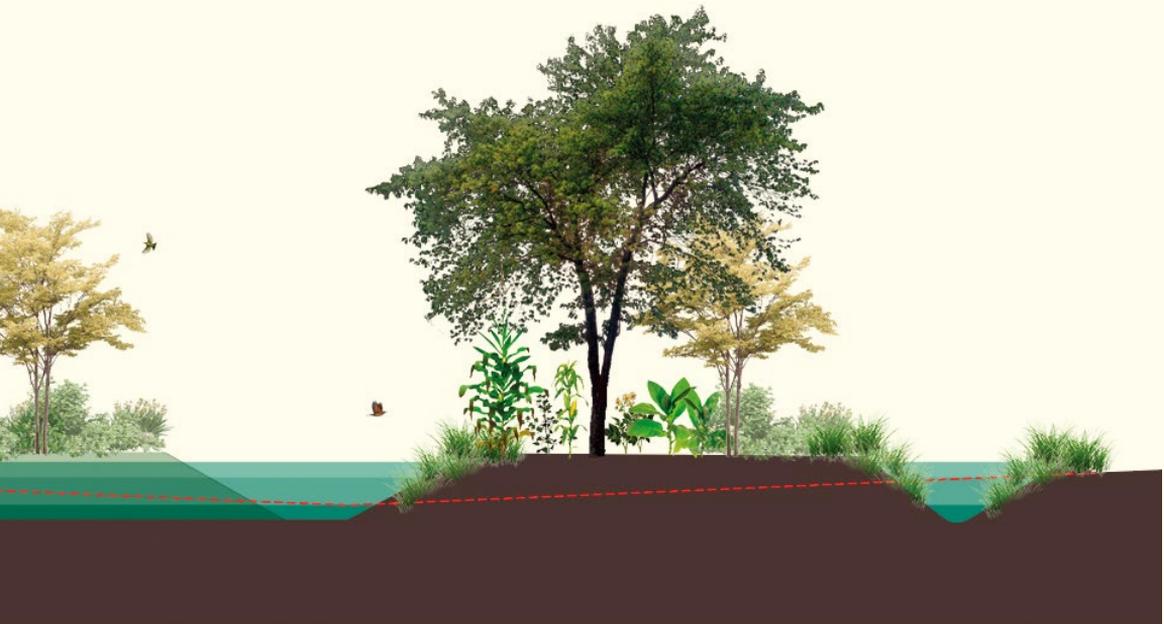


Ilustración
sección
transversal
de zanjas y
camellones.
Elaboración:
Diego Bermúdez.



*CAMELLÓN - Primera fase
Dimensiones 10M x 3 M*

*ZANJA PERIMETRAL
Profundidad 70 cm*



¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?

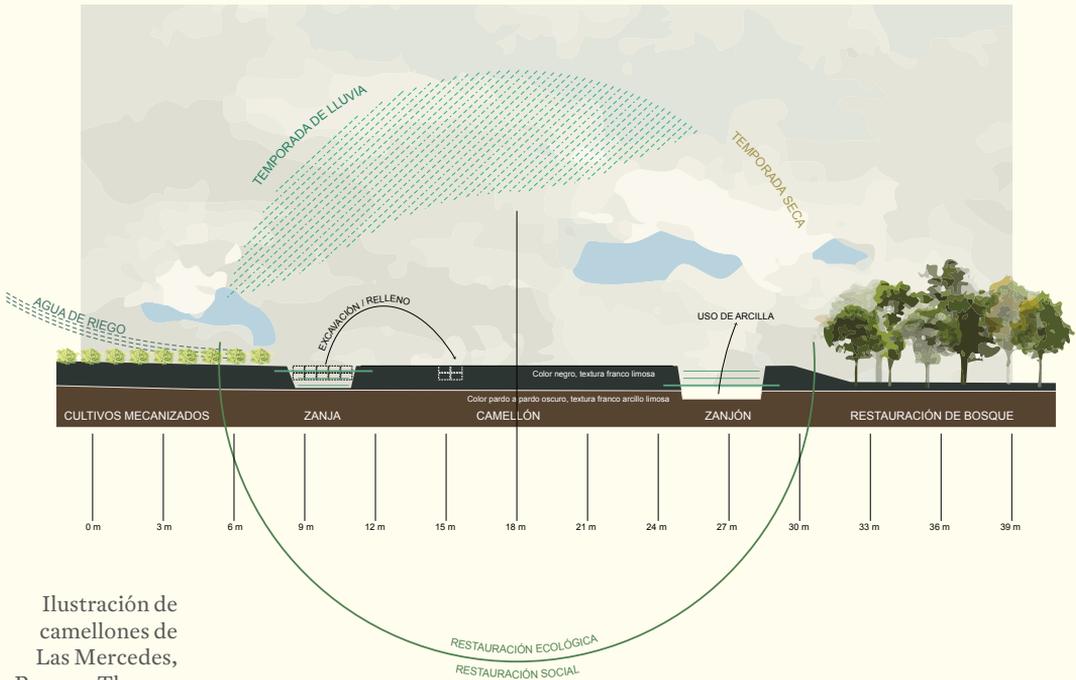


Ilustración de camellones de Las Mercedes, Reserva Thomas van der Hammen, Bogotá.
Elaboración: Diego Bermúdez.

ARBUSTOS +

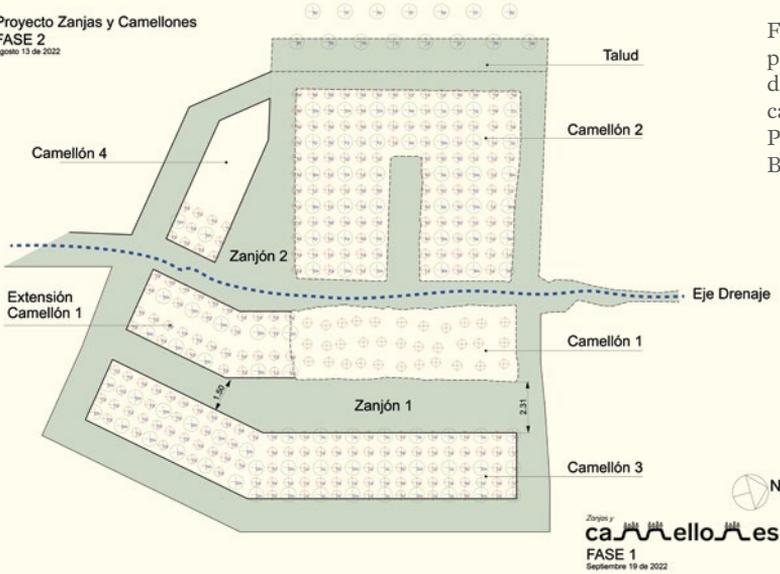
CP	Capsicum Pubescens	Aji de clima frío	2		Los frutos tienen la piel gruesa, carnosa, son de forma cónica, color amarillo intenso y son picantes.
SM	Solanum Moricatum	Pepino Dulce	1		Propiedades medicinales hipotensivas y diuréticas
PP	Physalis Peruviana	Uchuva	2		Previene el riesgo de cierto tipo de enfermedades están asociados a la presencia de fitoquímicos
SS	Smallanthus Sonchifolius	Yacón	2		Es una planta utilizada por las culturas antepasadas como una fruta refrescante o alimento bajo en calorías
NT	Nicotiana Tabacum	Tabaco	1		Controla insectos dañinos que se quedan pegados en hojas
LP	Lupinus Bogotensis	Lupino	3		Semillas ricas en proteínas

HIERBAS +

CQ	Chenopodium Quinoa	Quinoa	5		Se emplea en medicina tradicional por sus propiedades cicatrizantes, antiinflamatorias, analgésicas y desinfectantes.
TT	Tropaeolum Tuberosum	Cubio	6		Contiene vitaminas C, B1, B2 Y B3, contiene minerales como el fósforo, hierro y calcio
ZM	Zea Mays Pajarito y gato	Maíz	6		Planta ancestral Andina
AX	Arracacia Xabthorrhiza	Arracacha	4		Alto índice nutricional
PV	Phaseolus Vulgaris	Frijol Arbustivo	5		Fuente más accesible de proteínas y calorías

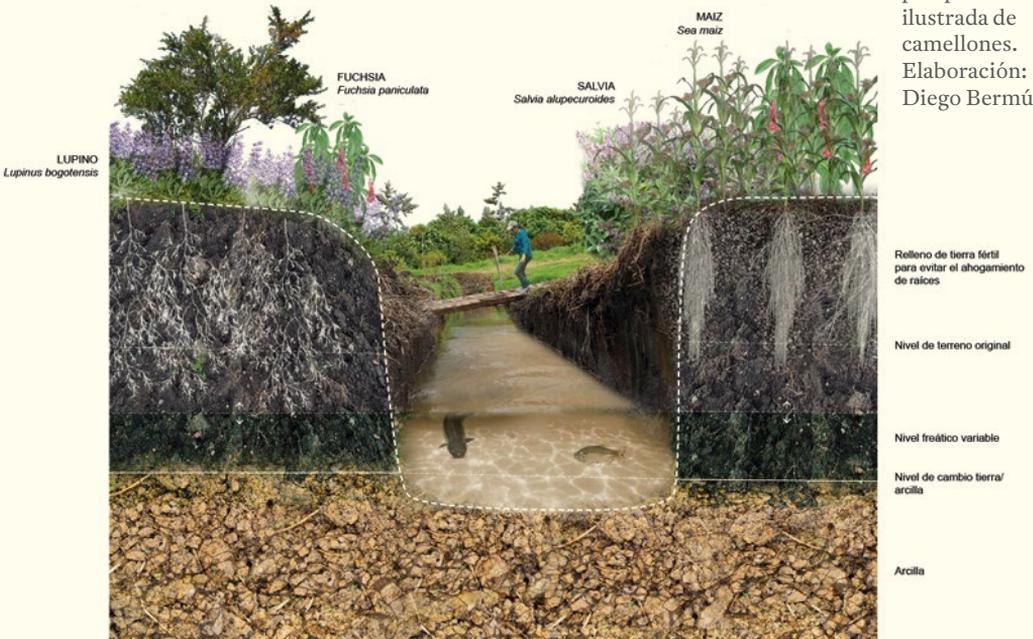
Lista de plantas.
Elaboración: Diego Bermúdez.

Proyecto Zanjas y Camellones
FASE 2
Agosto 13 de 2022



Fase 2 del proyecto de zanjas y camellones. Plano: Diego Bermúdez.

ESPINO GARBANZO
Duranta mitsis



Sección de perspectiva ilustrada de camellones. Elaboración: Diego Bermúdez.

¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?

Estos camellones se construyen por capas. Primero podamos. Quitar el kikuyo sin herbicidas es una labor complicada. Esta planta invasora tiene raíces profundas, tallos largos y duros, que enredan las guadañas y cansan al más atrevido. Una vez se corta, su rizoma produce nuevos brotes, así que en cuestión de semanas hay pasto nuevo. Pero hace 500 años no había kikuyo: es un problema contemporáneo.



Poda de kikuyo en Las Mercedes, Reserva Thomas van der Hammen, Bogotá.
Fotografía: Diego Bermúdez, mayo de 2022.

Primer día de construcción del camellón.
Fotografía: Gabriela Molano, 2 de julio de 2022.



¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?



Trabajo en los camellones. Fotografía: María Buenaventura, 3 de julio de 2022.



Trabajo en los camellones: afilando herramientas. Fotografía: Juliana Steiner, 3 de julio de 2022.

¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?



Trabajo en los camellones. Fotografía: Juliana Steiner, 3 de julio de 2022.



Zanja. Fotografía: Juliana Steiner, 3 de julio de 2022.

¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?

Trabajo en los camellones.
Fotografía: Juliana Steiner, 3 de julio de 2022.

44





En los camellones.
Fotografía: Juliana Steiner,
20 de agosto de 2022.



Trabajo en los camellones.
Fotografía: Diego Bermúdez,
20 de agosto de 2022.



Medición y replanteo. Fotografía: Juliana Steiner, 9 de abril de 2022.



¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?



En los camellones. Fotografías: Juliana Steiner, 2022.



¿CÓMO LEVANTAR UN CAMELLÓN?



Corte de cubos de kikuyo. Fotografías: Diego Bermúdez, 17 de octubre de 2022.



Una vez se logra atravesar esta capa de pasto sobre la superficie, hay que retirar la raíz, o lo que alcancemos a retirar de esta. Cortamos la primera capa en una retícula tridimensional formando cubos de tierra y raíces de 40 cm x 40 cm x 40 cm, que se arrastran con rastrillo para formar la zanja. Estos bloques se ubican en los bordes de lo que será el camellón y sirven de contención para el resto de la tierra que va a formar la cama cultivable. Hay que tratar de aplicar la ley del menor esfuerzo: se corta el cubo y se mueve la menor distancia posible. Una vez estos bloques rodean el borde del nuevo camellón, se procede a sacar una capa de tierra empapada, muy pesada, que a veces huele a materia descompuesta, de un color negro profundo y muy fértil, y se coloca entre estas contenciones y por encima de ellas, creando así la perfecta cama de cultivo.

Levantamiento
de niveles
topográficos.
Fotografía:
Diego Bermúdez,
20 de agosto de
2022.





Zanjas en Las Mercedes, Reserva Thomas van der Hammen, Bogotá.
Fotografía: Diego Bermúdez, 20 de agosto de 2022.



Esta capa de tierra mojada tiene entre 40 y 60 cm de profundidad, antes de llegar a la arcilla. Se debe cuidar que el fondo de esta esté nivelado, para que el agua pueda pasar libremente, sin estancarse, y producir la isla (los camellones son islas).

Para estas actividades, por más de doce fines de semana se necesitaron tres operarios que estaban afilando constantemente sus herramientas a un ritmo de cuatro veces diarias, reemplazando los cabos de las palas,

Zanjas en Las Mercedes, Reserva Thomas van der Hammen, Bogotá.
Fotografía: Diego Bermúdez, 30 de julio de 2022.

palines y rastrillos. Logramos construir seis camellones que cubren una superficie de 800 m² y están sembrados con una enorme variedad de plantas nativas, unas comestibles para los humanos y otras que son hábitat de aves. A esas islas no llegan los mamíferos que se comerían el maíz. Los zanjones están listos para recibir peces, renacuajos, lombrices y cangrejos, y ya llegan patos, garzas y otras aves a comer. En el borde del agua empezarán a crecer juncos, enneas y papiros que proveerán espacio para que las aves hagan sus nidos.

Los camellones muiscas fueron un proyecto de intervención del ecosistema y ocupación de un terreno hostil, de magnitud regional, donde se optó por reformar la superficie del territorio (casi 100000 ha). Esta reforma afectó los bosques que existían en la Sabana de Bogotá, ya que fueron talados en parte para cultivar productos alimenticios; sin embargo, el sistema de camellones siempre brindó el espacio necesario para que los humedales y ecosistemas acuáticos prosperaran, lo que garantizaba la disponibilidad permanente de pescado. Fue un proyecto de paisaje que reconfiguró los ecosistemas para ponerlos al servicio de una comunidad.

Los camellones del colectivo Zanjas y Camellones, llamados “Camellones del siglo XXI”, tienen responsabilidades diferentes de los que se hicieron hace dos mil años. Estos camellones contemporáneos tienen responsabilidades más complejas, como las de recordar o revivir, responden a la responsabilidad de estudiar cómo eran estos sistemas, la responsabilidad de recuperar un ecosistema degradado, de rememorar las culturas que habitaban nuestro territorio y que hoy han sido relegadas al olvido. Los camellones de hoy son un proyecto de restauración ecológica y restauración social. Ojalá las instituciones que han ayudado a que este proyecto sea posible puedan retomar lo que iniciamos y continuarlo de una manera que permita realmente convertirlo en un laboratorio de investigación y creación para el futuro. Además, extendemos esta invitación a las comunidades de vecinos y a todas las personas que han vivido el agua en Bogotá.

Los autores

Juliana Steiner

Curadora, investigadora y curiosa de la vida, interesada en las prácticas interdisciplinarias que involucran las ciencias sociales, la investigación de archivos y proyectos comunitarios. Cautivada por las historias no contadas, o las no aparentes al ojo. Cofundadora de Espacio Odeón, un centro cultural de arte contemporáneo ubicado en un cine abandonado de patrimonio arquitectónico, en el centro de Bogotá. Desde ese momento ha buscado habitar espacios y contar historias que como sociedad olvidamos, o incluso desconocemos. Actualmente pasa su tiempo pensando en las tecnologías multiespecies y cómo pueden contribuir a avanzar nuestro pensamiento.

Ana Sabina Rodríguez van der Hammen

Abogada por la Universidad de los Andes y estudiante de la maestría de Investigación en Derecho en la misma universidad. Con diez años de experiencia en temas de derecho ambiental, ordenamiento territorial y derechos humanos. Integrante de la Veeduría Ciudadana para la Protección de la Reserva Forestal Regional Productora del Norte de Bogotá Thomas van der Hammen, organización con la cual, en conjunto con otras organizaciones socioambientales, desarrolla acciones en defensa de la Reserva y en favor de su consolidación como un espacio vital para la ciudad. Participó como coautora en el libro *Mujeres que cuidan la naturaleza: Relatos de defensoras del ambiente en Colombia*. Sabina fue reconocida como “uno de los personajes del 2018” por el medio de comunicación *El Espectador*.

Lorena Rodríguez Gallo

Ha dedicado su vida a la enseñanza y a la investigación de nuestro pasado más antiguo. Es licenciada en Ciencias Sociales e historiadora, con estudios de posgrado en Arqueología, pero también es hija del territorio de la Sabana de Bogotá, lo que la ha impulsado a dedicar su trabajo a la comprensión de la forma como los grupos prehispánicos que la habitaron construyeron en e interactuaron con este espacio, y especialmente, cómo se relacionaron con el agua.

Diego Bermúdez

Diego Bermúdez es arquitecto paisajista. Desde 2016 ha enfocado sus esfuerzos, desde la Academia y en el trabajo que realiza con su oficina, en estudiar la Sabana de Bogotá, proponiendo una nueva mirada que surge del entendimiento del paisaje, sus infraestructuras y su historia. En su proyecto “Re-dibujando infraestructuras” estudió la historia del manejo del agua en la Sabana de Bogotá, desde las infraestructuras de los camello-nes muiscas hasta los grandes distritos de riego del siglo XX, con el fin de proponer un plan regional de paisaje que visibiliza esta historia y brinda una visión del futuro de la Sabana, respetando y utilizando estos sistemas.

